

Selección TERROR

SOY YO, LA MUERTE

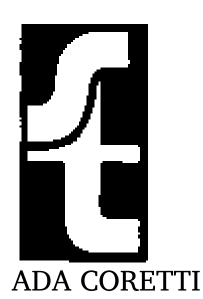
Ada Coretti



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

456 – El pavoroso amante de Vivie, *Ralph Barby*.
457 – La muerte es sueño, *Lou Carrigan*.

458 – Los crímenes de la calavera, *Ada Coretti*.
459 – Viajando con el diablo, *Clark Carrados*.
460 – Hollywood, Horror Show, *Donald Curtis*.



ADA CORETTI

SOY YO, LA MUERTE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 461
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506 4
Depósito legal: B. 32.438-1981
Impreso en España - Printed in Spain
1º edición: diciembre, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

Cornelia Russell acababa de regresar a su casa, de planta baja y un piso, situada al pie mismo de la carretera. Se hallaba a unos seis kilómetros de la pequeña localidad de Monnorwing.

Por aquellos lugares no había más que niebla. Una niebla espesa, compacta, que parecía sugerir la idea de que algún fantasma podía estar deambulando por allí.

Ninguno había aparecido desde que la casa fue construida, desde que Cornelia Russell, sesenta años atrás, naciera allí.

Desde luego que no.

Había nacido allí, y debía ser por lo que ella adoraba todo aquello, la casa, los inhóspitos alrededores, incluso aquella niebla que a menudo se arrastraba por el suelo como un tul de novia. Un tul furiosamente roto, rasgado, hecho jirones en un auténtico arrebato de cólera.

Cornelia Russell estuvo a punto de casarse, de eso, claro, hacía ya muchos años. Pero oyó decir a su prometido que de ella sólo le interesaban los millones que tenía, y rompió el compromiso. Por eso, quizá, esa niebla hecha jirones que frecuentemente rodeaba su amplia casa, no le desagradaba del todo. Bien mirado, encajaba en el entorno de su vida, de su pasado, de todo aquello que pudo ser y no fue.

No hacia mucho sufrió un ataque al corazón, y tuvo que ser urgentemente intervenida en una clínica de la ciudad. Pero tras un mes de tratamiento y de rigurosc reposo, el peligro había pasado y estaba ya de regreso

Se sintió feliz al encontrarse de nuevo en medio de aquellas amplias estancias, de altos ventanales, de muebles antiguos, macizos, regios, que daban fe y constancia de otros tiempos hacia los cuales se le iban siempre los recuerdos.

Pero la felicidad que Cornelia Russell sintió al encontrarse de nuevo en su casa, duró poco. Poquísimo.

Su doctor de cabecera, el doctor Drumttes, residente en Ía vecina localidad de Monnorwing, le había llevado en su propio coche hasta la misma puerta de su casa. Ya allí, Christopher, el viejo mayordomo, la recibió con una amplia sonrisa.

Seguidamente fue saludada por la sirvienta, una rolliza muchacha que se llamaba Karen. Hasta aquí todo perfecto.

Pero una vez que el doctor Drumttes se despidió de ella y el

mayordomo cerró la puerta de la casa, Cornelia Russell sintió algo extraño.

Como si acabara de entrar en una casa endemoniada, que en nada se pareciera a la suya.

Como si un poder oculto, asesino, estuviera esgrimiendo sobre ella un afilado cuchillo.

Como si la MUERTE quisiera tenderle una trampa y se hallase esperándola agazapada.

Algo parecido.

Sí, evidentemente.

Pero esa sensación que acababa de experimentar no tenía ciertamente razón de ser. Era absurda.

Lo tuvo que comprender asi, por lo que, tras respirar hondo, decidió ir a su dormitorio. Se echaría en la cama, reposaría un poco. El viaje en coche sin duda le había fatigado más de lo aconsejable.

Cuando se sintiera mejor, volvería a bajar. Sabía que no tardarían en llegar sus sobrinas. Sus sobrinas Jeanette, Isabelle y Priscilla, hijas de sus dos hermanos, desgraciadamente ya fallecidos. Jeanette era hija de su hermano menor e Isabelle y Priscilla de su hermano mayor.

Ya en su dormitorio, y cuando se disponía a apartar la colcha de la cama, Cornelia Russell, se vio reflejada en el ovalado espejo del tocador.

Se quedó sin movimiento, envarada. Lo mismo que si la sangre se le hubiera detenido en las venas. Lo mismo que si el corazón se le hubiera parado.

Allí en el espejo, alguien había escrito con un pintalabios de color rojo violáceo:

«Morirás pronto, tía Cornelia»

Un gemido subió por su garganta. Pero no salió de su boca, se quedó ahogado entre sus dientes que de pronto se habían puesto a castañetear. Su sobresalto no había podido ser mayor.

Se acercó al espejo, poco a poco, como si no terminara de creer lo que sus ojos habían leído. Pero sí, las palabras estaban allí, implacablemente escritas.

«Morirás pronto, tía Cornelia»

Se quedó paralizada durante unos segundos, a excepción de sus dientes que seguían castañeteando. No sabia qué hacer, ni qué pensar. Aquello escapaba a su raciocinio.

Luego retrocedió hacia la puerta, andando hacia atrás,

mientras sentía que un miedo sobrecogedor se adueñaba de todo su ser. Un miedo que parecía ser la respuesta a esa sensación extraña y angustiosa que, minutos antes, al llegar, había experimentado.

Una vez alcanzó el pomo de la puerta, abrió aprisa. Ya en el corredor, inclinándose sobre la baranda que daba al hueco de la ancha y alfombrada escalera, gritó con voz desgarrada:

—¡Christopher!

Pero el viejo criado no respondió a su llamada. Ni tampoco Karen, la sirvienta. Igual que si la casa estuviera sin gente, deshabitada.

—¡Christopher! —repitió, mientras empezaba a bajar la escalera, si bien sujetándose fuerte al pasamanos.

No se sentía segura de sus fuerzas. Sentía que las rodillas le flaqueaban. La verdad es que temía caerse.

Aún no se hallaba a media escalera, cuando se dió cuenta de que el día estaba declinando rápidamente, casi súbitamente, y de que la espesa niebla del exterior, que se percibía a través de los cristales de los ventanales, daba la sensación de que se estuviera colando dentro de la casa.

—¡Christopher! —llamó por tercera vez, y su voz se desgarraba cada vez más.

En esta ocasión se dejó ver el viejo sirviente. Pero se dejó ver con la mesura de siempre, nada hacía pensar que pudiera sentirse alarmado ante aquellas alarmadas voces.

—¿Qué desea, señora? —preguntó.

-—Te he llamado tres veces, tres veces... —jadeó Cornelia Russell—, ¿Dónde estabas que no me has oído?

—¿Qué la señora me ha llamado tres veces? —se extrañó—. No, no puedo comprenderlo, estaba aquí mismo...

—¿Quién... quién ha escrito eso... eso...? —siguió jadeando Cornelia Russell.

—¿A qué se refiere, señora? —y la extrañeza de mayordomo iba en aumento.

—Alguien ha escrito unas palabras en el espejo de mi tocador, con un pintalabios... ¿Quién ha sido? —y con un tono al que le faltaba muy poco para estar desquiciado—: ¡Quiero saberlo!

—No comprendo, señora —dijo Christopher—, Nadie ha entrado en su dormitorio desde esta mañana, y esta mañana, cuando yo he ido a ver si todo estaba debidamente dispuesto para recibirla, en el espejo del tocador no había nada...

—Si lo dudas, ven a verlo. ¡Ven ahora mismo! —y se lo exigió con los nervios en tensión. Tan en tensión que parecía a punto de rompérsele.

—Sí, señora —acató respetuosamente.

Pero una vez en el dormitorio de Cornelia Russell, ésta se quedó boquiabierta. En el espejo no había nada escrito. El espejo aparecía limpio, nítido.

-Pero..., pero... —tartamudeó, no sabiendo cómo explicar aquello. Temiendo, por descontado, que el mayordomo pudiera creer que se había vuelto loca.

—No se preocupe, señora. El día está declinando, falta luz en la habitación... Por eso, sin duda, ha creído ver...

—No he creído ver, ¡lo he visto! —exclamó Cornelia Russell.

—Hágase cargo, señora, resulta difícil admitir que...

-Christopher no sabía cómo salir airoso de la situación.

—Sí, resulta difícil —admitió finalmente Cornelia Russell.

Quien, sintiéndose cansada, muy cansada, optó por decir - Retírate, Christopher. Voy a descansar un poco. Debo estar necesitándolo más de lo que creo.

—Es lo mejor que puede hacer, señora.

El mayordomo se retiró y Cornelia Russell, luego de rspirar hondo, o al menos luego de intentarlo, apartó la bordada colcha de su cama. Seguidamente se echó. Sólo se había quitado los zapatos.

Instantes después, la oscuridad, en aquella estancia, era ya muy intensa. Lo mismo que si ya fuera plenamente de noche

Hubiera podido encender la luz. Después del susto que había tenido y de cómo se habían quedado sus nervios, habría sido, sin duda, lo más razonable. Pero se dijo que debía rehacerse, que todo aquello había sido producto de su imaginación.

Pero sabia que no había sido así, que aquellas palabras escritas con un pintalabios en el espejo ovalado de su tocador no eran una fantasía suya, y la verdad es que, puestas así las cosas, costaba controlar las agitadas palpitaciones de su corazón.

Notó algo de frío. Se incorporó un poco y se tapó con la colcha bordada. Después cerró los ojos.

De esta forma permaneció varios minutos. Pero no muchos. Desde luego no más de tres.

En eso notó que algo se movía en la cama, bajo la colcha bordada. Se estremeció, quedándose con los pelos de punta.

Intentó tragar saliva. Sólo lo intentó, pues lo cierto es que no lo consiguió. Tampoco tuvo el valor preciso para abrir los ojos.

«Algo»... seguía moviéndose bajo la colcha bordada. Algo que iba directamente al encuentro de su mano derecha.

Pronto notó aquel contacto y su nuevo estremecimiento, ahora fue un respingo. Un brusco y violento respingo.

De golpe abrió los ojos. Pero como si hubieran continuado

cerrados porque la oscuridad de la habitación era profunda.

Aquel contacto, leve al principio, se hizo intenso poco después. Se trataba, no hacía falta luz para saberlo, de otra mano. Otra mano que estrechaba la suya efusivamente.

Pero era aquélla una mano fría, helada. Tan helada y fría como si perteneciera a un muerto.

No obstante, aquella mano se movía y estrechaba la suya.

Evidentemente quería hacerse notar.

¡Y se hacía notar, y tanto que sí, y del modo más estremecedor y espeluznante!

Cornelia Russell se puso a temblar... Un temblor convulsivo que parecía privarla hasta de la facultad de razonar.

La mano fría, helada, se había inmovilizado. Había quedado entre sus dedos.

Cornelia Russell comprendió que debía reaccionar. De mejor o peor manera, pero debía hacerlo. No le quedaba otra alternativa. Tenía que saber quién estaba en su dormitorio.

Sacó el brazo izquierdo de debajo de la colcha bordada y lentamente dirigió la mano hacia la mesilla de noche, hacia el pequeño portátil.

Pero cuando la luz quedó encendida, se dio cuenta de que en la habitación no había nadie.

Estaba sola.

¿Cómo era posible?

Si la mano se hallaba todavía entre la suya... ¡Si la sentía claramente entre sus dedos!

Hizo un esfuerzo infrahumano y con la mano izquierda, sin osar mover la derecha, apartó la colcha.

Entonces vió exactamente de lo que se trataba.

Gritó ahogadamente.

Vió una mano de hombre, amputada por la muñera... Había quedado allí, entre la suya. Ahora permanecía tétricamente inmóvil.

Quiso retirar su mano de aquel contacto que ahora se le antojaba aún más frío, más helado. Pero ni fuerzas para eso encontró.

Al menos de momento. Luego si. Poco a poco fue sacando su mano de entre aquella otra que parecía haber querido darle una macabra bienvenida.

Seguidamente, saltó de la cama. De un brinco. Había recuperado las fuerzas, el movimiento, la voluntad. Corrió hacia la puerta y la abrió.

—¡Christopher! —llamó.

El sirviente no se dejó ver.

Cornelia Russell se asomó a la baranda. Lo mismo que hiciera la otra vez.

—¡Christopher!

Como si nada.

El sirviente no aparecía.

Empezó a bajar la escalera, sujetándose bien al pasamanos. Lo mismo que hiciera antes. También sentía ahora que las rodillas le flaqueaban. Bueno, ahora flaqueaba toda ella.

—¡Christopherl —llamó una vez más.

Al fin, apareció el sirviente.

—¿Qué desea, señora? —preguntó.

—Te estoy llamando... No paro de llamarte... No me respondes —le echó en cara Cornelia Russell.

—¿Que la señora me ha llamado? Pues no he oído nada... ¡Qué extraño! Estaba aquí mismo...

Se le vio nervioso. Por lo visto estaba comprendiendo que nada, desde el regreso de la señora, funcionaba bien en aquella casa.

—Una mano amputada ha estrechado la mía... —empezó a decir Cornelia Russell.

—¿Qué...? ¿Qué ha dicho la señora...?

—¡Sube, Christopher! ¡Sube...! ¡Podrás verlo con tus propios ojos —y la mujer jadeaba, temblaba, daba lástima el mero hecho de mirarla.

—Ya subo, señora. Ahora mismo —y suplicó—. No se altere así, por favor. Sabe que no le conviene...

En aquel momento, Cornelia Russell no estaba para pensar en lo que le convenía o no. Se había olvidado por completo de su salud. Ella sólo sabía que no estaba loca, aunque pudiera estar pareciéndolo.

Pero cuando entraron en el dormitorio y miraron encima de la cama, la mano amputada ya no estaba allí.

—No... no es posible... —tartamudeó Cornelia Russell—. Hace unos instantes...

—Señora, la encuentro muy alterada —Christopher mostraba preocupación en su rostro habitualmente sereno e inmutable— . ¿Quiere que telefonee al doctor Drumttes?

—Parece como si no me creyeras... —arguyó Cornelia Rusell.

-Es que francamente, señora... —no acertó a dar otra respuesta.

¡Si todo aquello que le estaba diciendo, era más propio de una demente que de la señora a la que él estaba acostumbrado a servir!

Habrá alguien... alguien... debajo... debajo de la cama —murmuró Cornelia Russell, y volvía a tartamudear.

Christopher quiso tranquilizarla. Se agachó y miró debajo de la

cama. Por descontado, allí no había nadie.

—No hay nadie, señora —dijo.

—Se habrá escondido dentro... dentro del armario...

Siguió diciendo.

Christopher abrió el armario, todas sus puertas, una tras otra.

Tampoco allí había persona alguna.

—No hay nadie, señora —repitió.

—Pero si la mano estrechaba la mía hace unos instantes -

reflexionó Cornelia Russell— y si esa mano estaba amputada, sin vida, alguien tenía forzosamente que sujetarla, ¿no es eso, Christopher?

—¿Quiere que llame al doctor Drumttes? —insistió el sirviente, evidentemente preocupado.

—Sí, tal vez sea lo mejor, que me ponga en contacto con el doctor Drumttes —terminó aceptando—. La verdad es que me siento muy mal.

En aquel momento se oyó el motor de un coche. Acababa de detenerse allí, sin duda, ante la misma puerta principal de la casa.

—Deben ser sus sobrinas —dijo el sirviente.

—Vete a recibirlas y diles que yo bajaré en seguida -repuso Cornelia Russell—. Así lo haré —añadió—, en cuanto hable con el doctor Drumttes y me tranquilice un poco.

—De acuerdo, señora.

Christopher salió del dormitorio, cerrando tras sí la puerta.

Empezaba a bajar la escalera, cuando vio irrumpir bulliciosamente en la casa a tres muchachas.

Las conocía de sobras. Eran las tres sobrinas de su señora, Jeanette, Isabelle y Priscilla.

La más guapa de ellas, Jeanette, sin lugar a dudas. Alta, morena, de ojos vivarachos y simpática sonrisa.

Isabelle era pequeña y pecosa. No valía mucho, pero se arreglaba con sumo esmero y le sacaba el máximo provecho a sus, bien mirado, escasos encantos.

En cuanto a Priscilla, muy delgada, siempre alegre, lo único bonito que tenía eran los ojos.

Cornelia Russell oyó sus voces, pero quiso, antes de nada, recobrar la serenidad. Al menos recobrarla en parte.

Unos minutos después, tras tomarse una de las pastillas que el doctor Drumttes le había recetado para cuando sintiera aquella dolorosa opresión en el corazón, se sentó en el borde de la cama y marcó unos números. El teléfono estaba sobre la mesilla de noche, junto a un pequeño portátil.

Marcó los números sin necesidad de mirar en la agenda.

Se sabía los números de memoria.

Por lo demás, estaba segura de haberlos marcado bien. Estaba segura de no haberse equivocado.

Sin embargo, cuando oyó que descolgaban el teléfono, la voz que llegó a sus oídos le resulto completamente desconocida.

Era una voz hueca, vacía, tenebrosa, como de ultratumba. No hubiera sabido decir si era de hombre o de mujer.

—Dígame...

—Deseo hablar con el doctor Drumttes —dijo ella, sobreponiéndose a la nueva impresión recibida. Aun así, sintiendo que el aliento se le entrecortaba—. Es ese su consultorio, ¿verdad? —Hizo un esfuerzo e inquirió—: ¿Con quién hablo...?

La respuesta no tardó en llegar. La voz hueca, vacía, tenebrosa, como de ultratumba, había de dejarse oír nuevamente.

—Soy yo, la MUERTE.

Un sonido ronco escapó de los labios de Cornelia Russell, mientras sus ojos se desorbitaban en un gesto de infinito horror.

—¿Quién ha dicho...? —balbuceó con la esperanza, quizá, de no haber oído bien.

Pero lo había oído perfectamente.

Y la voz hueca, vacia, tenebrosa, como de ultratumba, había de repetir imperturbablemente: —Soy yo. la MUERTE —esta vez había de añadir—: No

tardaré en visitarla, señora.

*

—¿Qué te pasa, tía Cornelia? —le preguntó cariñosamente su sobrina Jeanette.

Cornelia Russell estaba en el salón, cerca de la encendida chimenea, cuyos troncos crepitaban. Pero lo cierto es que, con la vista obsesivamente fija en la danza un tanto burlesca de aquellas llamas, no parecía prestar la debida atención a las personas que estaban a su lado.

—¿Te sucede algo malo? —se interesó la pequeña y pecosa Isabelle—. No sé, te encuentro un poco extraña.

—Hemos venido a animarte —sonrió Priscilla, con su habitual gesto alegre—. Y vamos a conseguirlo, te Io advierto, así que no vale que te pongas tan seria...

—Si supierais... —empezó a decir tía Cornelia, dejando de mirar las llamas que danzaban en la chimenea y volviendo la mirada hacia sus sobrinas.

Primero miró a Jeanette, luego a Isabelle y por último a Priscilla. Pero mirarlas no la alivió, todo lo contrario. Sintió un

triple escalofrío al darse cuenta de que el carmín de sus labios era de un tono rojo violáceo...

—Si supiéramos, ¿qué, tía Cornelia? —preguntó Jeanette.

—Voy a ponerme los lentes —dijo la dueña de la casa, desconcertando un poco con su respuesta—. Quiero veros mejor. O mejor dicho, quiero ver mejor de qué color lleváis pintados los labios.

—Las tres Io mismo —sonrió Priscilla—. Es el color de moda. ¿Te gusta, tía?

—No —contestó.

—¿No nos favorece? —preguntó Isabelle.

—Se trata de otra cosa.

—¿Qué cosa? —deseó saber Jeanette.

Cornelia Russell estuvo por callarse, por no decirlo. Pero estaba tan impresionada por los últimos acontecimientos acaecidos, que no pudo guardarse para sí sola todo aquel bagaje de fuertes y electrizantes emociones. Necesitaba desahogarse.

Les contó lo sucedido. Desde el principio hasta el final. Se refirió tanto a lo que hacía alusión al espejo de su tocador, como a la mano amputada, como a esa voz hueca, vacia, tenebrosa, como de ultratumba, que a través del hilo telefónico por dos veces le había dicho que era la... MUERTE.

Las muchachas se quedaron sin saber qué responder, sin acertar a reaccionar.

—Es cierto, os lo aseguro... —repuso al ver que ninguna de sus tres sobrinas le decía nada—. Todo es cierto...

—No irás a creer que una de nosotras ha escrito eso en el espejo, ¿verdad? —preguntó Jeanette con gesto visiblemente preocupado.

—No, claro que no —movió la cabeza negativamente, pero habían dudas en su voz—. Por descontado que no...

—Pero si en el espejo ponía «tía Cornelia»... —adujo Isabelle, y se refería, que duda cabe, a que eso sólo podia en realidad haberlo escrito una de ellas.

—¿Y qué explicación tiene lo de la mano? —se angustió Priscilla—. Una mano amputada que luego desaparece...

-—A menos que alguien haya querido gastarme una broma y aún no me lo haya dicho... —Cornelia Russell apuntó esa posibilidad.

—¿Quién iba a querer gastarte unas bromas tan macabras, tan espeluznantes, cuando todos sabemos que has sufrido un ataque al corazón y que, aunque ahora ya haya pasado la gravedad, tienes que seguir cuidándote mucho...? —había

hablado Jeanette—. La idea de una broma queda descartada.

Las tres muchachas se removían inquietas en sus asientos.

Habían acudido a aquella casa dispuestas a permanecer allí de dos a tres semanas, y así lo habían hecho constar a su tía.

Ahora parecían lamentar haberle ofrecido su compañía. No

cabía suponer que tía Cornelia estuviera trastornada, ni que hubiera sufrido alucinaciones. Siempre había sido una mujer sensata, serena, sumamente equilibrada. Por lo que, en

consecuencia, había que creerla.

Y llegar a esta conclusión resultaba sencillamente

escalofriante...

CAPITULO II

La secretaria le dijo que acababa de llegar una cliente y Scott Mayton, detective privado, se dispuso a recibirla.

Scott Mayton tenía veintiocho años, un metro ochenta de

estatura, rasgos viriles, pelo oscuro y unos ojos acerados que traspasaban al mirar.

A Scott Mayton le encantaban las mujeres guapas, y aunque no fueran tan guapas, también. El sexo femenino le llevaba de

cabeza. Pero sabía anteponer su obligación a sus debilidades, de eso que actualmente, y pese a su juventud, fuera uno de los detectives mejor cotizados de la ciudad.

Desde luego, era intuitivo, sagaz, inteligente, y tan decidido y valiente como el caso lo exigiera.

Se abrió la puerta y entró la cliente.

Scott Mayton se había levantado gentilmente de su asiento para recibirla.

—¿Qué tal, señor Mayton? —le saludó ella.

Era una mujer de unos treinta años, curvilínea, con una melena pelirroja que le llegaba hasta media espalda. Llevaba los ojos muy pintados. Toda ella era atractivo y sexualidad.

Scott Mayton la reconoció en el acto. Se trataba de la señora Steverson, es decir, de la ex señora Steverson. Unos meses atrás, había recibido allí, en su despacho, a su marido. Así, pues, en aquel caso concreto, su cliente fue el marido. Según le dijo el buen hombre, se fiaba muy poco de su mujer, tan poco que en realidad no se fiaba nada. Estaba seguro, segurísimo, de que le era infiel. Quería que siguiera sus pasos y que averiguara la verdad.

Scott Mayton la averiguó, y desde luego, la atractiva señora, de nombre Maureen, resultó serle infiel. De ello que el marido pudiera presentar solicitud de divorcio con todos los pronunciamientos a su favor.

—Vengo a contratarle, señor Mayton —dijo ella apenas se sentó, tras el gesto de él rogándole que así lo hiciera—. Como verá, no le guardo rencor por el pasado.

—Agradecido —repuso Scott. Quien añadió—. Hágase cargo, yo me limité a cumplir con mi obligación. Mi cliente me pidió que la siguiera y…

—… y me hice la ilusión —sonrió Maureen—, de que me seguía porque yo le gustaba. En fin, ésta es otra cuestión. El motivo que hoy me trae aquí es más grave.

—¿Un cigarrillo…? —le ofreció la caja abierta, que acto seguido dejó sobre la mesa del escritorio.

—De momento no puedo decirle mucho —le comunicó ella, tras aceptar el cigarrillo—. Sólo que estoy dispuesta a pagarle quinientas libras por tres o cuatro horas.

—¿Quiere que asesine a alguien? —bromeó, mientras hacía aparecer la llama de su encendedor, acercándola al cigarrillo de ella—. Le advierto que aún no me dedico a eso…

—No es tan drástica la situación, afortunadamente. Pero es grave, ya se lo he dicho, de ello que le ofrezca la cantidad referida. Siempre y cuando, claro está —puntualizó—, lleve a buen término el asunto.

—¿Cómo voy a saber si es posible o no llevarlo a buen término —inquirió Scott—, si no me dice de qué se trata?

—No dispongo del tiempo necesario para explicárselo. Urge que me traslade inmediatamente a... —se interrumpió—. Bueno, luego se lo diré. De momento me basta con que me acompañe en su coche. Por el camino se lo cuento, ¿le parece?

En cualquier otro caso, Scott Mayton hubiera dicho que no, que para lanzarse a una investigación tenia que saber, a pies juntillas, lo que pretendía su cliente y cuál era exactamente su misión. De lo contrario no le interesaba el trabajo.

Pero Maureen era una mujer de campeonato, con unas formas que mareaban, y Scott Mayton no pudo resistir la tentación de responder.

—Bien, de acuerdo.

Poco después, el coche del detective iba por la carretera. Sin embargo, Maureen no le había dado aún ninguna dirección en concreto.

—Ahora por la derecha... Ahora por la izquierda... Ahora recto... —le iba diciendo.

De pronto, Scott Mayton se dijo que aquello no le gustaba. Se apartaba de lo normal.

—Bueno —repuso, deteniendo el coche—, ya está bien de darle largas al asunto. Quiero saber a dónde vamos.

—A una casa que tengo cerca de aquí. Ya falta poco para llegar —contestó Maureen con una mirada chispeante, llena de tentadoras e irresistibles sugerencias.

—Pero, ¿a qué vamos?

Maureen esperaba a estar allí, en la casa, para decírselo. Pero Scott Mayton acababa de apremiarla, así que optó por aclararle la cuestión de una vez.

—¿Sabe una cosa, señor Mayton? —y su mirada se hizo puro fuego—. Me gusta usted mucho. Desde que le conocí, no me quito la idea de la cabeza...

—¿Qué idea? —Scott no había podido por menos de sentirse envanecido.

Ciertamente no había para menos. Mujeres como aquélla no se encuentran todos los días. Ni todas las semanas.

La respuesta de Maureen no se hizo esperar.

—Deseo que nos acostemos juntos...

Seguidamente se inclinó hacia él, se pegó a su cuerpo. Se pegó hasta hacerle sentir el calor tibio y suave de sus formas tentadoras.

—¿Y son estas tres o cuatro horas —preguntó él— por las que está dispuesta a pagarme quinientas libras? Oiga, preciosa, que cuando yo ligo no cobro, en todo caso pago...

—No he querido molestarle —aseguró Maureen—. Simplemente he pretendido hacerle creer que había en juego

algo más que el capricho de una mujer. Un modo como otro de conseguir que me acompañara, ¿no cree?

—Podría conseguirlo con otras armas. Tiene suficientes para ganar cualquier batalla —y puesto que ella había acercado

mucho sus labios tentadores a los de él, la besó.

Solo un idiota se hubiera perdido la ocasión.

—Siga adelante, recto —dijo Maureen poco después—. Mi

casa está ya muy cerca.

Pero Scott Mayton no le dio al acelerador. Acababa de ver un bulto junto a un árbol de los que bordeaban la carretera. De los pocos que habían por allí.

—¿Qué debe ser eso...? —pareció que se lo preguntara a

Maureen, pero la verdad es que se lo preguntó a sí mismo.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Eso...

—Hay mucha niebla —contestó Maureen—, No veo nada.

—Yo sí...

Scott se apeó, yendo directo hacia aquel bulto. Que resultó ser, ni más ni menos, que una mujer. Pero una mujer, si bien joven y bastante bonita, muy gorda. Tan gorda que por lo menos pesaría ochenta kilos. Por lo visto se había desvanecido,

aunque ahora empezaba ya a recuperar el conocimiento.

—¡Eh! ¡Eh! ... —y Scott se puso a darle palmaditas en la cara. Y

luego—, ¿Se encuentra mal...?

—No, no... —dijo ella—. Ya me encuentro bien. ¡Pero ver a ese hombre me ha impresionado tanto!

—¿A qué hombre se refiere? —preguntó.

—Al que le faltaba la mano —repuso la muchacha gorda—.

¡Oh, nunca he resistido ver sangre! Y al verle se me ha nublado la visión... Dese cuenta, he perdido el conocimiento. ¡Vaya a saber el rato que he estado así!

—Ahora ya está acompañada, no se preocupe —se esforzó por

animarla. Y cuando creyó haberlo conseguido, añadió—. De

todos modos, no estará de más que nos diga que le ha pasado.

Acababa de pluralizar porque Maureen había descendido del

coche y ahora estaba allí, junto a ellos.

La muchacha gorda, que se llamaba Corinne, les explicó...

Iba por la carretera tan tranquila, Se dirigía a Monnorwing, donde tenía a su abuela, iba a pasar unos días con ella.

Hubiera podido coger el autocar de línea y ahorrar se una

larga caminata, pero decidió ir andando. Pensó que el ejercicio le ayudaría a adelgazar. Ella siempre estaba empeñada en perder peso. Lo malo es que le encantaban los dulces.

Había mucha niebla, apenas se veía a unos metros de

distancia. Pero era lo habitual en aquella zona, así que no le daba importancia a tal circunstancia.

De pronto oyó aquellos gritos. ¿Cómo catalogarlos? De dolor.

De desespero.

Se detuvo, viendo que un hombre de mediana edad surgía ante ella entre la niebla cada vez más intensa.

—¿Qué le sucede...? —le preguntó Corinne, dispuesta a prestarle ayuda.

No necesitó respuesta.

El hombre levantó el brazo izquierdo, enseñándole un ensangrentado muñón. En su rostro había una crispación horrible. Una lividez de muerte.

—¡Oh! —se angustió ella.

El hombre le enseñó la otra mano, la derecha. En esta llevaba, fuertemente sujeta, la amputada... Las dos manos estaban llenas de sangre.

—¡Oh! —exclamó ella de nuevo, sintiendo que la cabeza se le iba.

El hombre se disponía a continuar su camino, que sólo Dios y él debían saber cuál iba a ser, de un modo totalmente

inesperado, alguien más apareció por allí. Iba cubierto con un largo abrigo oscuro y se ocultaba el rostro bajo un sombrero de ancha ala.

Este personaje, sin dar tiempo a que ninguno de los dos reaccionara, arrebató la mano amputada al hombre... Se la arrebató de pronto, súbitamente, y luego echó a correr, huyó. Desapareció entre la niebla.

El hombre que había sido robado, quiso perseguirle. Aquella mano era suya. Pero había perdido mucha sangre, seguía

perdiéndola, y comprendió que debía desistir de la persecución.

Dando tumbos se alejó de allí, por la carretera, camino de...

—No sé de donde —repuso Corinne al llegar a tal punto de su narración—. No me lo dijo. Pero parecía decidido a llegar a alguna parte...

—¿No le dijo tampoco Io que habia sucedido?

—No. De todos modos, lo peor aún no se lo he explicado ... — lo hizo constar tras una breve pausa.

—Puede explicármelo —sugirió Scott Mayton—. Soy muy curioso. Satisfará, pues, mi curiosidad.

Corinne le refirió que, tras una pausa, había decidido reemprender su camino.

Así lo hizo, hacia la casa de su abuela. Pero lo sucedido la había trastornado mucho, restándole fuerzas, energías. Ella, a pesar de lo gruesa que estaba, no tenía mucha vitalidad. Eh cuanto se alteraba, se

quedaba floja. Así, pues, anduvo
despacio a partir de entonces. La niebla, por otra parte, no animaba a hacerlo aprisa.

Se había hecho ya de noche y comprendió que debía ser ya
muy tarde. Pensó en su abuela. Debería estar preocupada con su tardanza.

En eso, oyó que alguien respiraba a su lado, que alguien se movía muy cerca de ella. Se asustó.

No veía a nadie, sin duda debido a la niebla, pero resultaba evidente que no estaba sola, que cerca de ella, muy cerca,
habia un ser humano. Pero si era un ser humano, ¿por qué se comportaba de aquella forma? ¿Por qué se ocultaba? ¿Por qué no se dejaba ver?

No resultaba lógico que quisiera asustarla. Desde luego
parecía ser ésta su intención.

Pero tampoco era lógico que alguien, quien fuera, hubiera
robado a aquel hombre su propia mano...

¿Para qué la querría? ¿Para qué se puede querer la mano
amputada de otra persona?

Aumentó su miedo.

Hubiera dado cualquier cosa por estar ya con su abuela.

En aquel momento oyó que algo cruzaba la niebla e iba
directamente hacia ella. Era algo no muy grande, que, quien fuera, había impulsado con fuerza hacia delante.

Corinne, que como estaba gorda sudaba en seguida, por
cualquier cosa, quedó inundada de transpiración en aquel
instante. No había para menos... Lo que había sido lanzado
hacia delante, dándole en la cara, en plena nariz y boca, era la mano amputada de aquel hombre.

Aquella mano ensangrentada que con anterioridad le había
sido robada a su propietario...

Fue tal la impresión recibida, que Corinne no pudo evitarlo, se desmayó. Cayó como un saco junto a aquel árbol de la carretera. Sólo volvió en sí cuando ya tenía a Scott Mayton a su lado.

—Pero, bueno —dijo éste al detenerse la muchacha en su
explicación—. ¿Dónde está ahora la mano? Tiene que estar
por aquí...

—Sí, claro —asintió Corinne, y se puso a buscarla por el
suelo—. Pero hay tanta niebla...

—Vaya al coche, Maureen, y conecte hacia aquí los locos —
Scott se había vuelto hacia su llamativa cliente—. Así lo
tendremos más sencillo.

Maureen hizo lo que Scott Mayton acababa de de cirle. Pero Ja mano amputada no apareció por ninguna parte.

—Cuando se la arrojaron —puntualizó el detective—, le dio en la cara. Ha dicho eso, ¿verdad?

—Sí —asintió Corinne—. En plena nariz y boca.

—Y ha dicho también que esa mano amputada estaba llena de sangre, ¿no es eso?

—Sí —volvió a asentir.

—Entonces, ¿cómo debo explicarme que su cara esté limpia? Totalmente limpia.

—¿Lo está...? —se extrañó.

—Sí, y es lógico... Pero, bueno —no quiso ponerla más nerviosa— dejemos de darle vueltas al asunto. Suba al coche. La llevaré a casa de su abuela.

—Muchas gracias.

Se dirigieron al coche. Despacio al principio, pero después corriendo. Se había puesto a llover de un modo súbito, violento, verdaderamente, torrencial.

—Suerte que ha dado conmigo —contestó Corinne, ya en el interior del coche, ya a salvo de aquella súbita e inesperada catarata de agua—. De lo contrario hubiera quedado calada hasta los huesos. De una pulmonía no me hubiera escapado.

—¿Dónde vive su abuela? —preguntó Scott Mayton.

—En Monnorwing.

Puso el coche en marcha.

Pero lo cierto es que no iban a llegar a la pequeña y ya cercana localidad, y no precisamente a causa de la lluvia, ésta no había de resultar un impedimento. Sin embargo, el coche se estropeó. Se oyó un carraspeo en el motor y al poco quedó detenido, parado, como clavado junto a la cunéta de la carretera.

Scott Mayton se colocó el impermeable que tenía la costumbre de llevar «por si acaso», y salió a echar una ojeada al motor.

Levantada la tapa, maniobró un poco en su interior.

No mucho. Lo suficiente, empero, para averiguar que la avería era de consideración. Aquello requería un buen mecánico.

Regresó ai interior del coche.

—Final de trayecto —dijo.

Acto seguido, los tres habían dé mirar a través de los cristales. ¿Habría alguna casa por allí, entre aquellos inhóspitos terrenos? No era cosa de quedarse en el interior del coche toda la noche.

—No veo nada —repuso Maureen.

—Yo sí —apuntó Scott Mayton—, a la derecha. Es una casa de planta y un piso. Hay luz en una de las ventanas.

—¡Ah, sí, es cierto! —exclamó Maureen.

—Esperaremos que cese un poco la lluvia e iremos a pedir cobijo. Le cedo mi impermeable —se dirigió a Maureen—, En cuanto a usted, lamento no disponer...

—No se preocupe —dijo Corinne.

Se vieron obligados a esperar más de quince minutos. La lluvia no decrecía, por el contrario aumentaba en intensidad. Aquello era una implacable cortina de agua.

Pero cuando aprovecharon la primera ocasión y salieron del coche y llegaron al porche de la casa, todo les pareció de color de rosa.

Sobre todo cuando la dueña de dicha casa, ai oírles, al ver de Io que se trataba, se apresuró a alzar la voz y a decir a su mayordomo.

—Que pasen, Christopher.

Fueron bien recibidos. Cornelia Russell era siempre muy amable, muy cordial.

Pero hay que decir la verdad, eh esta ocasión Io fue porque sentía miedo, terror, pánico...

No podía olvidar todo lo que le había sucedido.

¡No podía olvidar todo Io que de amenazador y espelúzname había en aquellos extraños, inexplicables y macabros hechos!

Se sentiría más segura con gente en la casa. Tanto más segura puesto que ahora, ciertamente, ya no se fiaba en absoluto de sus sobrinas. Ni tampoco de Christopher, su mayordomo. Ni de Karen, la sirvienta. Ni de nadie.

Era horrible.

Pero era así.

—Adelante, forasteros —sonrió a los recién llegados.

—A sus pies, señora —le saludó Scott Mayton, adentrándose en el salón con naturalidad y desenvoltura.

Cornelia Russell les ofreció habitaciones para pasar la noche. Un dormitorio para cada uno de ellos. Tenía sitio de sobras, así que por eso no había por qué preocuparse.

—Doy por descontado que no han cenado todavía... Christopher, pon tres cubiertos más a la mesa...

—Muchísimas gracias, señora —y Scott Mayton añadió—. Por descontado, quedo en deuda con usted. Si en alguna ocasión puedo servirte en algo, ya lo sabe —le alargó su tarjeta—. A su disposición.

Cornelia Russell echó una mirada a la tarjeta y dio todo un brinco.

«Scott Mayton. Detective privado»

¡Ni caído del cielo! ¡Dios bendito, qué suerte había tenido! ¡Pero qué suerte más grande!

CAPITULO III

—No puedo creerlo... —musitó Cornelia Russell.

—¿Qué es Io que no puede creer? —preguntó el joven.

—Que sea detective.

—Pues lo soy.

—¿En serio lo es...? —inquirió Jeanette, que desde que le habia visto entrar no le había quitado la vista de encima.

—No es tan rara esa profesión —observó Scott—. Y parece serlo por como se extrañan de que yo lo sea.

—Es que a mi tía le han sucedido cosas horribles —intervino Isabelle—. Tan horribles...

—Tan espantosas —añadió Priscilla por su cuenta—, que no sabemos como tomárnoslo. Nos hemos puesto muy nerviosas y no atinamos...

—¿De qué se trata? —y su tono se hizo profesional.

—Luego se lo contaré todo —dijo Cornelia Russell, que empezaba a respirar mejor—. Ahora es la hora de cenar..

—¿Podría, señora —solicitó Corinne, un poco cohibida— telefonear a mi abuela? Tenía que haberme reunido con ella y debe sentirse muy intranquila ante mi tardanza.

—Telefonéele ahora mismo, no faltaría más. Y otro tanto le digo a usted... —la dueña de la casa se volvió hacia Maureen— . Si alguien la espera...

—A mí no me espera nadie. -—Maureen sonrió—. Gracias de todas formas, señora.

Corinne telefoneó a su abuela. Y fue entonces cuando se enteró de lo que había pasado cerca de donde ella vivía, en un matadero. A uno de los trabajadores, a un tal Richard, una de las máquinas le había amputado la mano izquierda. El tal Richard, entonces, habia cogido su mano y había echado a correr. Antes de así hacerlo, aseguró a su patrón que cerca de allí vivía un famoso cirujano, el cual, estaba seguro, sería capaz de colocarle de nuevo la mano. Operando había hecho verdaderos milagros. Lo sabía. ¿Por qué no uno más?

Cuando Corinne contó todo aquello a los presentes, Cornelia Russell no pudo evitar el decir:

—-Ahora ya sé, al menos, a quién pertenecía esa mano... —y aunque había pensado dejar las explicaciones para después de la cena, se decidió a hablar en aquel momento.

—Ha de saber usted, señor Mayton, que...

Y le refirió todo Io que le había sucedido. Lo del espejo del tocador, lo de la mano amputada bajo la colcha de la cama... La voz hueca, vacía, tenebrosa, como de ultratumba, que oyó a través del hilo telefónico... Se lo refirió todo.

En aquel momento se dispuso a intervenir la gorda Corinne.

Ella también tenía mucho que explicar.

Pero Scott Mayton le hizo un gesto, y un gesto bien elocuente.

Le decía que callara, que no dijera nada, que hacerlo podría entrañar excesivos riesgos. Aquel caso no estaba nada claro, ni resultaba nada tranquilizador. Todo lo contrario, estaba oscuro e inquietaba pensar en el porqué de todo aquello. Era preferible no hablar de más.

Sin embargo, Corinne no se percató de lo que Scott Mayton quería darle a entender con aquel gesto, y habló...

Largo y tendido. Sin pensar siquiera por un momento que pudiera estar jugándose la vida.

—¿Cómo, usted vio al hombre cuando llevaba en su mano derecha la izquierda amputada.,.? ¿Usted vio corno otro hombre se la quitaba...? ¿A usted, después, alguien le arrojó esa misma mano a la cara...? —Priscilia parecía no acabar de comprender todo lo que había oído.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Corinne.

—En ese caso, usted podría reconocer al hombre que... —empezó a decir Isabelle.

—¿Al que se llevó la mano? Pues no, no podría reconocerle... Bueno, creo que no... Iba con sombrero, su rostro quedaba oculto...

—Debió asustarse mucho —dijo Jeanette.

Scott Mayton, que miraba a Jeanette y estaba pensando que era preciosa, contestó.

--Se asustó tanto que se desmayó.

—Lo que ha dicho esa joven —repuso Cornelia Russell—, no explica lo que me ha pasado a mí. Sin duda usted se hace cargo, señor Mayton. . Por lo que a mí se refiere, todo sigue igual de turbio, de confuso, de inexplicable...

—Estoy de acuerdo con usted, señora.

—En consecuencia, contrato sus servicios. No, no voy a preguntarle si cobra caro. Le pagaré lo que sea.

—En principio le acepto algo de cena... —quiso quitar importancia a la situación—. Después profundizaremos más en el tema.

Antes de cenar, unos y otros decidieron ir a sus respectivas habitaciones. Así podrían asearse un poco.

Scott Mayton y Cornelia Russell fueron los primeros en regresar al salón. Y allí se quedaron esperando a los demás.

Sin duda no tardarían en bajar.

Cornelia Russell aprovechó la ocasión para decirle:

—Desconfío de mis sobrinas, ¿sabe? Como cuando yo muera todo será para ellas, a partes iguales...

En aquel momento se oyó un grito ronco, ahogado, espantoso.

Fue más bien un terrible y escalofriante alarido.

Los habitantes de la casa se quedaron petrificados de horror.

De un horror que luego, convertido en algo más palpable, había de desbordarse dentro de sí mismos.

De momento se oyó el grito y unos y otros supieron que algo irreparable, irreversible,-había sucedido.

Como el alarido había llegado de uno de los dormitorios, todos se dirigieron hacia allí. La primera en llegar fue la guapa Jeanette, y Scott Mayton. Este había subido la escalera de tres en tres.

Los demás se les reunieron después. Cornelia Russell fue la última en llegar.

Aquél era el dormitorio que le habían designado a Corinne. Y a ella la encontraron sentada en un silloncito, con la cabeza echada hacia atrás. En el cuello le habían clavado unas tijeras.

Unas tijeras abiertas.

La sangre le resbalaba por el cuello y el escote.

No se movía.

En sus ojos había quedado un demencial tono vidrioso. En su boca un espeluznante rictus.

Priscilla se puso a chillar. Tan fuerte y tan estridentemente, que no hacía falta darle muchas vueltas al caso, de sus chillidos a un puro ataque de histeria no había ni un paso.

Isabelle se llevó las manos a la boca y ahogó un gemido angustioso.

La pelirroja y atractiva Maureen, ex señora Steverson, ahogó otro gemido.

Jeanette fue la que soportó más estoicamente la macabra situación.

Cornelia Russell se puso palidísima y movió el cuerpo de un modo extraño. Acababa de dar un tumbo.

Christopher se había quedado con los pies como pegados en el suelo.

Fue Scott Mayton el único que se acercó a la víctima y se percató de que, sin lugar a dudas, estaba muerta. Luego dijo: —El asesino debe haberse puesto guantes antes de actuar.

Pero por si acaso, que nadie toque nada... Quizá haya huellas digitales... Avisaremos inmediatamente a la policía y...

Priscilla seguía chillando. Alegre y jovial por temperamento, por naturaleza, no terminaba de aceptar todo aquel horror.

No lo asimilaba.

—Perdiendo los nervios no va a ganar nada —Scott se dirigió a ella —. Será mejor que se calme.

—Y será mejor, tía —dijo a su vez Jeanette— que tomes una

de tus pastillas.-Te has quedado palidísima...

-Sí. creo que debo hacerlo —aceptó Cornelia Russell—. No me encuentro bien.

—Anda, ven, tía... —y Jeanette se la llevó cariñosamente fuera de la habitación y de aquel espectáculo que evidentemente no resultaba ei idóneo para una mujer a la que los doctores

habían recomendado que se cuidara, que no tuviera disgustos y que, sobre todo, no sufriera sobresaltos de ninguna índole.

Poco después habían salido todos ellos de allí. Sin tocar nada, Dejándolo todo tal como lo habían encontrado. Habia que ayudar a la policía.

Pero cuando quisieron que fuera la policía quien les ayudara a ellos, surgió la nueva y desagradable novedad. Alguien se habia encargado de inutilizar el teléfono de la casa .

—Estamos perdidos... —dijo Priscilla, dándole tentaciones de ponerse a chillar de nuevo.

Lo que no hizo porque vio clavados en ella los ojos de Scott y comprendió que le iba a reprochar que otra vez perdiera los nervios, Pero se contuvo de milagro.

—Mi coche está averiado --repuso el joven detective—, así

que de poco nos sirve en esta ocasión. Pero frente a la puerta he visto otro coche. Sin duda es de alguno de ustedes...

—Es el mío —dijo Jeanette—. He venido en él con mis primas

Priscilla e Isabelle. Puede usted utilizarlo si lo considera oportuno, señor Mayton.

—Voy a hacerlo, con su permiso —comunicó Scott—. La

policía debe intervenir cuanto antes.

—Pero ¿quién ha podido matar a esa pobre muchacha...? —

inquirió Priscilla—. ¿Y por qué...? ¿Y por qué, por lo demás — siguió preguntando—, a tía Cornelia le han sucedido esas

cosas...? ¡Oh, todo esto no tiene sentido, o al menos no parece tenerlo!

—Esto es espantoso —añadió Maureen.

Christopher se dejó ver de nuevo. Durante los últimos

minutos había permanecido ausente. Al principio estuvo en la cocina, intentando tranquilizar a Karen, la rolliza sirvienta de la casa. Luego se dirigió a otra parte. No dijo a dónde.

Pero así que llegó junto a su señora, que por cierto acababa dé

tomarse una de sus pastillas, anunció: —Vengo del porche... -pero no dijo nada más.

Scott Mayton quedó a la espera de que prosiguiera. Desde luego no iba a tratarse de nada bueno.

—¿A qué ha salido al porche? —preguntó Cornelia Russell—, Con esta lluvia tan intensa...

—Me ha parecido que oía unos pasos —Christopher articuló con agitación estas palabras. El viejo criado intentaba en vano mostrarse sereno e imperturbable—. Y he salido a echar una ojeada...

—¿Qué ha visto? — preguntó Priscilla.

—¿De qué se trata? —quiso saber a su vez Isabelle.

—Hable... —rogó Jeanette.

—Alguien ha pinchado los neumáticos de su coche, señorita Jeanette —comunicó Christopher—, Ha quedado totalmente inservible.

—Está claro, alguien no quiere que salgamos de aquí —dijo Scott Mayton, pero sin asombrarse demasiado, pues en su profesión podía esperarse todo en cualquier momento.

—¡Pues saldremos, como sea! —exclamó Priscilla, que perdió los nervios sin importarle ya mucho, ni poco, lo que pudiera pensar el detective.

—¿Y cómo pretendes llegar a Monnorwing? —preguntó tía Cornelia—. ¿Andando..,? Te recuerdo que hay más de seis kilómetros hasta allí.

—Estoy asustada —dijo Maureen, y evidentemente lo estaba.

—Mañana habrá cesado la lluvia —dijo Scott Mayton— y entonces será el momento de tomar una decisión. Mientras tanto vale más que no cometamos imprudencias. Y sería una imprudencia querer llegar ahora a Monnorwing. Porque si el asesino no quiere que salgamos, si lo hiciéramos... Bueno —resumió— presiento que el que se decidiera a salir no llegaría a su destino.

—¿Y mañana será todo diferente? —preguntó Jeanette.

—La luz del día nos favorecerá —contestó Scott.

—Usted podría llegar a Monnorwing en poco tiempo —apuntó lsabelle—. Y tratándose de usted, no creo que el asesino se atreviera...

—Es muy posible que no —repuso Scott—, pero mientras tanto, ¿qué sucedería aquí? No, no puedo ausentarme, compréndalo. Ante todo necesito proteger a la persona que acaba de contratar mis servicios —y miró a Cornelia Russell.

Esta le devolvió la mirada, no sólo agradecida, sino con simpatía. Seguidamente se dio una palmada en la frente, con expresivo ademán.

—Me había olvidado del doctor Drumttes —exclamó—. El nos sacará de este atolladero.

—¿Quién es el doctor Drumttes? —se interesó Scott.

—Mi doctor de cabecera, vive en Monnorwing —y agregó—. Mañana a primera hora vendrá a visitarme, quedamos en eso.

—Sí, ahora recuerdo —asintió Scott—. Fue el doctor Drumttes a quien telefoneaba usted cuando a través del hilo telefónico salió aquella voz…

—Exactamente —dijo Cornelia Russell, y solo de pensar en aquel momento empezó a descomponérsele la respiración.

—Pues si viene a visitarte, si no se olvida —repuso Isabelle—. Con un coche del que disponer…

—No me cae bien el doctor Drumttes —intercaló Jeanette.

—¿Por qué no? —tía Cornelia le reconvino. No le había gustado que se hubiera expresado en aquellos términos.

—Es aún joven, tiene apostura. Las patillas ligeramente grises le confieren un aspecto interesante, atractivo. Hay inteligencia en el fondo de sus ojos. Pero, lo dicho —resumió Jeanette—, no me cae bien.

—Todo Io contrario de lo que le pasa a él contigo —dijo Cornelia Russell—. Nunca me ha dicho nada al respecto, pero creo adivinar que a gusto se casaría contigo.

—Tengo sólo veintidós años, tía —le recordó Jeanette.

—El doctor tiene cuarenta, no son tantos.

—Es posible que no —admitió Jeanette—. Pero, lo dicho, no es fácil que por las noches sueñe con él.

A Scott Mayton le hubiera gustado preguntarle si era más fácil que alguna noche soñara con el detective de su tía Cornelia.

Pero la broma hubiera estado fuera de lugar. Arriba en el piso, en uno de los dormitorios, había una muerta.

Una muerta.

Corinne.

Una muchacha gorda que había preferido hacer andando una larga caminata para ver de perder algo de peso.

Había perdido algo más que eso.

La vida.

*

A las tantas de la madrugada, sin haber cenado, mientras en el exterior la lluvia seguía siendo una implacable cortina de agua, decidieron dejar el salón y retirarse a descansar un rato a sus respectivos dormitorios. A ninguno les seducía demasiado la idea, pero el cansancio les estaba venciendo.

—Les aconsejo que se cierren por dentro —Scott Mayton no quería vérselas con nuevos cadáveres.

—De acuerdo —dijo Jeanette.

—Sí, claro —asintió Isabelle.

—Por descontado —repuso Priscilla.

—Sí, sí… —añadió Maureen.

Christopher se retiró tras una respetuosa inclinación de cabeza.

En cuanto a Cornelia Russell, prefirió quedarse un rato más en el salón. En compañía de Scott, por descontado.

—Así hablaremos —le musitó, bajito.

—De acuerdo.

Ya a solas, Cornelia Russell empezó a referirle su pasado, en el que no había realmente nada extraordinario, pero del que se desprendía el hecho evidente de que, económicamente, nunca había tenido problemas. Sus padres eran ricos y mimaron su infancia, le dieron todos los gustos, dejándola a su muerte unas cuentas corrientes ciertamente estimables. En cuanto a un tío suyo, hermano de su madre, la hizo su heredera a falta de hijos propios. Incluso una prima hermana, sabiendo que iba a morir, le puso a su nombre todas sus propiedades. En conclusión, Cornelia Russell era en la actualidad una mujer fabulosamente rica.

—Y aquí está el quid de la cuestión —terminó diciendo—. Estoy segura de ello.

—Yo también —convino Scott.

—Cuando yo muera, heredarán mis sobrinas Jeanette, Isabelle y Priscilla, a partes iguales… Ya se lo he dicho antes, ¿no? —y añadió—. A pesar mío, me veo obligada a sospechar como mínimo de una de ellas. Supongo que se hace cargo…

—Hábleme de sus sobrinas. Me interesa sobremanera conocer como son. Sus temperamentos, sus defectos y virtudes. Asi empezaremos a ahondar en el tema.

—Jeanette es la más guapa, esto salta a la vista, ¿verdad? Siempre la he considerado una buena muchacha, mentiría si le dijera otra cosa. Vive sola en un apartamento, perdió hace tiempo a sus padres, pero no abusa de su propia libertad, es seria, responsable. Trabaja como decoradora.

—¿Tiene novio? —aprovechó la ocasión para enterarse de ello.

A Scott Mayton la muchacha le había parecido una auténtica preciosidad. El ideal de un hombre.

—No —fue la respuesta de Cornelia Russell.

—¿Qué me cuenta de Priscilla?

—Es muy alegre, a su alrededor nunca faltan risas y buen humor. Tiene los ojos muy bonitos, usted ya se habrá dado

cuenta, pero no es guapa. Tuvo un novio, pero se enfadaron, aún no sé exactamente por qué. Vive en otro apartamento y es secretaria de un agente de Cambio y Bolsa.

—¿También murieron sus padres? —se interesó Scott.

—Sólo su padre, que era mi hermano. Entonces su madre se

volvió a casar. Así que Priscilla e Isabelle, que son hermanas, optaron entonces por alquilar un apartamento y así vivir más a su aire. Respecto a la moralidad de Priscilla reconozco que no pondría las manos en el fuego.

—¿Qué me dice de Isabelle?

— Lo mismo que le he dicho de Priscilla, en plan de hombres, de sexo, no me fío nada. Pero no es la moralidad de mis

sobrinas lo que ahora me preocupa, debo reconocerlo —y

prosiguió—: Isabelle, la menos bonita, pequeña y pecosa, ya la ha visto usted, es no obstante la más inteligente, o por lo menos la más estudiosa. Está acabando la carrera de Filosofía y Letras. No tiene novio, pero a mí me da, que está enamorada.

Pero esto es cosa mía, ella no suelta prenda, es poco

comunicativa.

—¿Y Christopher, su mayordomo? —preguntó Scott.

—Sirve en esta casa hace más de treinta años. Con esto creo que está dicho todo, ¿no cree? Bueno —Cornelia Russell se

corrigió a si misma—, la verdad es que, después de las cosas que me han sucedido, ya no me fío de nadie, ni siquiera de

Christopher. Bien mirado... —pero se interrumpió.

—Bien mirado, ¿qué? —preguntó Scott.

—Cuando salí de mi dormitorio y bajé la escalera llamándole a gritos, y esto lo hice por dos veces, no me oyó y estaba allí mismo. ¿Cómo debo interpretarlo? Francamente no lo sé.

- No le dé demasiada importancia a eso. Pasó tanto miedo ai ver aquellas palabras escritas en el espejo de su tocador y sintiendo que una mano fría, helada, estrechaba la suya bajo la colcha, que debió creer que gritaba y su garganta no debió en realidad proferir el menor sonido. Así de sencillo lo veo yo.

—Es posible —admitió Cornelia Rusell.

—A propósito —terció Scott—, ¿qué me cuenta del doctor

Drumttes?

—Es un buen amigo —en esta respuesta no cabía el resquicio

de la duda—. Ninguno podría serlo mejor.

—¿Está segura? —hizo hincapié en el personaje en cuestión.

—Segurísima.

—Cuénteme algo de su vida —le rogó.

—Vive en Monnorwing, permanece soltero, y yo creo que está

interesado por mi sobrina Jeanette. Pero a ella le cae mal, usted

mismo ya ha oído como lo decía. A mí me gustaría esa
unión, lo confieso —reconoció Cornelia Russell— pero
Jeanette es y debe ser dueña absoluta de sus decisiones, así que yo no voy a interferirme,

—En la vida del doctor Drumttes, ¿no hay mujeres? —inquirió Scott.

—Supongo que sí, en la vida de todo hombre las hay. Pero el doctor es un hombre serio, formal, que nunca ha dado lugar al menor escándalo.

—¿Lo conoce hace mucho?

—Desde que empecé a estar mal del corazón, desde entonces
me atiende. De eso debe hacer unos tres años y medio.

—Usted ha estado en una clínica recientemente..

—Sí. Sufrí una gravísima crisis cardiaca, que afortunadamente he superado. Pero con tantos sustos y malos ratos... —e instintivamente se llevó la mano a pecho.

—Me hago cargo, todo esto la perjudica enormemente. En fin, yo estoy ahora a su lado, ya no debe sentir se inquieta por nada. Debe tener confianza en mí.

—La tengo —Cornelia Russell le sonrió—. Se lo aseguro.

—Gracias. Oiga, nos falta hablar de alguien.

—¿De quién?

—De la sirvienta.

—Karen es una muchacha rolliza, un poco basta, pero sincera y buena, pronto se casará y se irá de la casa. Créame, la echaré a faltar.

— Bueno, abreviando —dijo Scott Mayton—, ¿por qué me ha
dicho que desconfía de sus sobrinas? ¿Simple y llanamente
porque son sus herederas, o acaso por algo más...? Si es por algo más, sería conveniente que me lo dijera.

—Alguien parece estar empeñado en que me falle el corazón.
Un nuevo ataque seria irreversible, ¿sabe?, todos los doctores han coincidido en lo mismo. ¿Y a quién, sino a ellas, puede favorecerles mi muerte...? De ello que desconfíe... Pero no, no hay otro motivo...

—Mejor así —repuso Scott.

En aquel momento oyeron un ruido extraño, fuera del salón,
en la escalera, en lo alto de la misma. Un ruido difícil de calificar.
Scott saíió a ver de lo que se trataba, mientras de forma
maquinal, se llevaba la diestra hacia su pistola automática.
Uno nunca sabe con las que va a vérselas. De eso su
precaución.

Cornelia Russell le siguió.

Ya ambos en el amplio vestíbulo de la casa, donde las luces se hallaban apagadas pero hasta donde llegaba la luz del salón, miraron hacia arriba.

Y vieron, llenos de horror. Lo que menos hubieran podido imaginarse.

Corinne estaba en lo alto de la escalera, alejada del pasamanos. Se hallaba al lado de la pared, como si no tuviera fuerzas para tenerse en pie y buscara aquel apoyo.

¿Pero no habían encontrado a Corinne con unas tijeras clavadas en el cuello, muerta...? Entonces, ¿cómo es que estaba allí, que aún se movía?

Cornelia Russell desorbitó los ojos, alocó la mirada. Un jadeo desgarrado empezó a salir de su pecho.

Scott Mayton. no era un hombre propenso a dudar de si mismo, asi, pues, sabía de fijo que cuando se acercó a Corinne y la observó, la muchacha estaba muerta, y bien muerta. No cabía posibilidad de un mal entendido, esto por descontado.

Pero no terminaba de comprender la escena que se hallaba ante sus ojos, aunque dada la oscuridad reinante en lo alto de la escalera poco en realidad podía ver.

No obstante, Corinne estaba en lo alto de la escalera, apoyada en la pared. Esto no había quien pudiera ponerlo en duda. Su silueta, de puro gorda casi redonda, no admitía confusión posible.

—Es Corinne... —jadeó la dueña de la casa de un modo ronco y quebrado.

De pronto, a Corinne se le aflojaron las piernas y cayó por la alfombrada escalera. Cayó rodando. Como una gran pelota.

Por descontado, estaba muerta. Como ya lo estaba antes cuando la dejaron en el dormitorio.

En realidad, sólo un cuerpo muerto, sin vida, cae por una escalera como lo había hecho el de ella.

Cornelia Russell sufrió una convulsión y gritó sobrecogida de espanto. Acababa de darse cuenta de que Corinne había bajado las escaleras sin cabeza.

¡Le habían seccionado el cuello! Y la cabeza había quedado arriba...

Pero no, ya bajaba. Como otra pelota. Esta más pequeña. Dando botes de escalón en escalón.

Gritó de nuevo Cornelia Russell, o mejor dicho, lanzó un alarido que llenó toda la casa.

Scott Mayton la sostuvo. Su rostro se había vuelto de un lívido ceniciento. Temió que desvaneciera.

Ya para entonces, en lo alto de la escalera, se dejaban ver Jeanette, Isabelle y Priscilla. Y también Maureen. Y para entonces, asimismo, aparecían por su lado Christopher y Karen, los dos componentes del servicio.

Cuando unos y otros se dieron cuenta exactamente de lo que había sucedido, el terror fue unánime. Comprendieron que solo a un ser perverso, malévolo, de mente retorcida y sinuosa, podía habérsele ocurrido poner en escena tan espeluznante acto.

Cuya finalidad nadie podía ya poner en duda. Se trataba inequivocamente, de hacer que Cornelia Russell llegara al paroxixmo y no fuera capaz de soportarlo... Un modo sencillo, que duda cabe, de quitársela de encima.

¿Pero quién pretendía hacerlo?

Había un culpable.

Tenía forzosamente que haberlo.

Pero todos, o todas, en femenino si es que solo se desconfiaba de las sobrinas de Cornelia Russell, parecían inocentes. Total y absolutamente inocentes.

—¡Qué horror! —exclamó Priscilla, y trémula miraba aquel cuerpo y aquella cabeza salvajemente separados.

—¡Qué espanto! —coreó Isabelle, pero apenas dejando oír su voz, pues ésta se debilitó hasta casi hacerse inaudible.

—¡Qué locura! —gimió Maureen.

—Alguien quiere acabar con nuestra tía —sentenció Jeanette, y alzó la cabeza como queriendo hacer frente valientemente a aquella situación.

Sabía, o por lo menos estaba segura de ello, de que el asesino se hallaba en aquella casa, bajo aquel techo, y de sus intenciones que eran las que acababa de exponer.

—Sí, eso es lo que alguien pretende —asintió Cornelia Russell—, Ya lo he comprendido... Pero, ¿quién puede ser tan malo conmigo, cuando yo siempre he sido buena...? —dejó la frase sin concluir y dijo—: Voy a tomarme otra pastilla. El corazón me martillea.

—Vuelve al salón —dijo Jeanette, dulcemente— y siéntate en un sillón. En seguida te llevo un vaso con un poco de agua. Señor Mayton se volvió hacia el detective—, no se separe de su lado, por favor.

—Délo por descontado —afirmó Scott Mayton.

CAPITULO IV

Habían vuelto a reunirse en el salón. Si un rato antes alguien tenía sueño, la verdad es que se le había cortado de cuajo.

Ahora los ojos de todos permanecían muy abiertos.

Pasado un rato, Scott Mayton se alejó un poco de ellos y se dirigió

hacia el vestíbulo, donde acababa de ver al
mayordomo. Este dialogaba ccn Karen, la sirvienta.

—Sírvanos unos brandys —solicitó el joven—. Nos están haciendo falta.

—En seguida, señor —dijo el mayordomo.

Karen se dispuso a retirarse, pero Scott la retuvo.

—Me gustaría preguntarle algo.

—Dígame, señor —la rolliza muchacha tenia mucho encanto y un trasero en el que forzosamente había que reparar.

--Durante el mes que su señora ha permanecido en la clínica, usted ha debido tener muy poco trabajo, ¿no es eso?

—He aprovechado ese tiempo para ir a ver a mis padres, que viven lejos, en Conneyman. Como sabía que mi señora no iba a necesitarme...

—Debo entender, pues, que durante todo ese mes... —empezó a decir Scott.

—Sólo he estado ausente quince días, señor —aclaró la muchacha—. No hubiera estado bien que dejara lanto tiempo solo al viejo Christopher.

—Sí, claro —asintió—. Por cierto, ¿qué opinión le merecen las sobrinas de su señora? Le ruego que sea sincera conmigo.

—Pues yo... la verdad... —titubeó la muchacha.

—Puede contar con mi absoluta discreción.

—No siento excesiva simpatía por ellas —reconoció Karen—.

Por la señorita Jeanette sí, es sencilla, agradable, no me mira por encima del hombro. Incluso me ha prometido que me hará un buen regalo cuando me case. Porque yo voy a casarme
dentro de muy poco y...

—Sí, ya lo sé —Scott Mayton acababa de interrumpirla, temeroso que se dilatara en pormenores que no venían al caso—. Pero, bueno, ¿qué opina de Isabelle y de Priscilla?

—Parecen tener un carácter muy distinto, pero en el fondo son iguales. Las dos están llenas de codicia y ambición. Desean que su tía muera... —bajó la voz, haciéndola casi un susurro—.

Lo desean ansiosamente... Un día oí cómo la señorita Isabelle se lo decía a la señorita Priscilla...

—Qué le decía, ¿qué?

—Eso, que a ver si se moría de una vez, que ya estaba harta...

—¿Y Priscilla que le respondió? —preguntó Scott.

—Que lo que ellas desearan no iba a evitar que siguiera viviendo, pero lo que consideraba lo más oportuno era tomarse el asunto con la debida calma.

—¿Qué dijo a esto Isabelle?

—Que sí, que tenía razón. Luego se pusieron a hablar de otras

cosas —y nerviosa por el interrogatorio del detective, con ganas de acabar, Karen preguntó—. ¿Puedo retirarme ya,
señor?

—Sí —dijo Scott.

Mientras tanto, Christopher había servido ya los brandys.

Colocadas las copas sobre una lustrosa bandeja, iba ahora ofreciéndolas.

Jeanette cogió una de las copas sin hacerse de rogar. Isabelle tampoco se lo pensó dos veces. Priscilla ni una. Maureen ni media. En cuanto a tía Corneliia, alargó una mano tan
temblorosa hacia la bandeja, que Christopher cogió la copa y se la puso en la mano.

—Gracias, Christopher —le agradeció ella.

Scott Mayton cogió la suya y se bebió el brandy de un solo
trago. Había sido él, con ayuda de Christopher, el encargado de sacar del pie mismo de la escalera el cuerpo mutilado de Corinne. Había acabado con el estómago revuelto. Sí,
ciertamente aquel brandy le venía de perlas.

Cuando Christopher salió del salón, el joven le siguió. Quería hablar a solas con el sirviente.

—Dígame, ¿qué opina de Karen? —la pregunta fue a las claras.

—Es una excelente muchacha —la respuesta no se hizo
esperar—. Será una lástima que se vaya de la casa.

—¿No la cree capaz, en complicidad con alguien, y por dinero, claro, de hacer daño a su señora?

—¿Karen hacer daño a su señora? ¡Oh, no! Siente verdadera
devoción por ella. No sin motivo —amplió—, la señora le ha
favorecido mucho.

—¿Sí? —inquirió.

—Su novio no tenía empleo, así que eso de casarse lo veían
muy lejano. Fue entonces cuando la señora les prestó una
cantidad para que pusieran en Monnorwing una tienda de
comestibles. Quedaron que ya le devolverían el dinero cuando las cosas les fueran bien. Sin intereses —aclaró Christopher— porque mi señora es muy señora.

—Gracias por su información, Christopher.

—Siempre a su disposición, señor. ¿Algo más?

—No, nada más.

—Pues me retiro..

—Tómese usted también un brandy, Christopher. Tampoco le
sentará nada mal.

—Lo tomaré, señor. Gracias.

*

La lluvia seguía cayendo implacablemente, dando con fuerza

en los cristales del ventanal. Aquello parecía un auténtico diluvio,

Pero el ruido que acababa de oírse tras los cristales del

ventanal del salón, no había sido, no había podido ser

provocado por la lluvia, por muy fuerte que ésta fuera, de ello que todos los allí reunidos volvieran al unísono sus miradas hacia aquel lugar.

Y sus miradas estuvieron cargadas de un miedo anticipado.

¡Cómo no, después de todo lo que había sucedido! Tenían los nervios a flor de piel.

Vieron entonces lo que había de hacerles estremecerse, no ya de miedo, smo de verdadero pánico, de auténtico terror.

Porque lo que vieron era un horrible monstruo, un dragón de tres cabezas...

Tres enormes cabezas y tres enormes mandíbulas, de

incisivos dientes, que se abrían en gesto de feroz agresividad.

En un gesto que amenazaba con devorarles a todos, uno tras

otro. Hubiera podido hacerlo dado su descomunal tamaño.

Priscilla se puso en pie de un brinco, igual que movida por un resorte. Pero hecho esto, quedó con los pies clavados en el suelo. Un sudor copioso la inundó. ¿Un dragón en pleno siglo XX? ¿De dónde demonios podía haber salido? ¿Quizá de algún

circo? Ella se estaba volviendo loca.

Jeanette se quedó donde estaba, en idéntica postura, con la lengua pegada al paladar y sintiendo que la garganta se le

estrechaba y seguía estrechándosele, tanto que sin duda por ahí no hubiera podido salir nada, ni siquiera un grito de haber tenido fuerzas de emitirlo.

Isabelle dejó caer la revista que estaba hojeando, y se quedó con los ojos terriblemente abiertos. En sus párpados no había el más leve pestañeo. Como si de pronto se le hubieran paralizado.

La pelirroja Maureen quedó súbitamente demacrada.

Cornelia Russell gritó... La dueña de la casa no pudo aguantar dentro de sí misma todo el horror que experimentaba. Mejor asi. De no gritar quizá no hubiera podido soportar la

intensidad de su propia emoción.

El dragón, con sus tres diábolicas cabezas y sus tres asimismo diábolicas mandíbulas de incisivos dientes, se guía dando contra los cristales. De un momento a otro los rompería.

Christopher y Karen, que acudieron al grito de su señora, se quedaron como colocados de pronto bajo una ducha fría,

helada. Lo que estaban viendo no era para menos. Aunque

ellos tardaron en darse cuenta de qué era lo que se movía tras aquellos cristales. La noche era oscura. la lluvia no cesaba de caer, y todo en un conjunto contribuía a que no resultara fácil asimilar el

hecho de un modo riguroso.

Christopher que siempre había tenido a gala darse las de sereno e imperturbable, perdió la compostura. Por lo menos mucho más de lo que hubiera deseado.

En cuanto a la rolliza Karen, se puso a temblar. No pudo hacer ni más ni menos.

—Es un dragón... —musitó Cornelia Russell, de nuevo adquiriendo una palidez espantosa. Muchos muertos hacen mejor color de cara que ella—. Parece que hayamos vuelto al tiempo de los dinosaurios... Conseguirá romper los cristales, se meterá aquí dentro y nos devorará...

—¿Estamos perdiendo la razón? —se preguntó Isabelle, quien finalmente había conseguido que sus ojos recuperaran su tamaño normal. Como también había conseguido recuperar la movilidad de sus párpados—. Ya no existen dragones... En ninguna parte de la tierra...

—Pues ahí tenemos uno —dijo Jeanette, apenas pudiendo hablar— y salta a la vista que su aspecto lo tiene todo de amenazador.

— Voy a perder la razón —musitó Maureen.

El monstruo seguía dando contra los cristales. Cada vez con más fuerza.

El alma de todos pendía de un hilo.

—A menos que la oscuridad nos esté jugando una mala pasada —intercaló Scott Mayton—, y en realidad solo se trate...

Quiso ver de qué se trataba, las dudas nunca le habían gustado, y avanzó decididamente hacia el ventanal.

—¡Tenga cuidado, señor Mayton! —exclamó Cornelia Russell.

—¡Retroceda, por favor! —Suplicó Jeanette profundamente angustiada.

Su tono angustiado halagó al detective, pero siguió adelante por dos razones primordiales. La primera, porque nunca en su vida había dado la espalda cuando era la hora de dar la cara.

La segunda, aquel siniestro dragón, aquel horrible monstruo de tres cabezas, no terminaba de asustarle...

Sin duda porque algo le estaba diciendo que todo aquello era un eslabón más en aquel macabro juego. Las palabras escritas con carmín de labios en el espejo del tocador... La mano amputada que se movía bajo la colcha de la cama y estrechaba efusivamente la diestra de la dueña de la casa... La voz del hilo telefónico que se había presentado del modo más espeluznante diciendo que era la... MUERTE.

Todo aquello formaba parte de un decorado, de un encuadre,

de una simple escenografías Todo aquello formaba parte de un puro artificio, de una pura ficción.

Lo único auténtico había sido, desgraciadamente, la muerte de Corinne. Como auténtica, aunque asimismo preparada, fue su espectacular caída por la escalera.

Scott Mayton se acercó al ventanal y sin dudarlo un solo instante lo abrió. De pronto, antes de que nadie le prohibiera hacerlo.

Entró en el salón una fuerte ráfaga de aire, y lluvia. Entró también el monstruo amenazador...

Bueno, no tan amenazador, ni muchísimo menos, cuando lo tuvieron allí dentro, inmóvil sobre el suelo.

Sólo se trataba de un dragón de plástico. Perfectamente fabricado, eso sí. Todo hay que decirlo.

Pendía de una cuerda, ésta sujeta al tejado, a la chimenea de la casa. El fuerte viento le movía de un lado para otro y le hacía dar contra los cristales del ventanal.

Sólo eso.

No había más.

Cornelia Russell respiró aliviada al ver que no habían vuelto a los tiempos de los terribles dinosaurios. Incluso se llamó tonta por haber creído por unos instantes que pudieran existir.

A Priscilla le dio por reír. Si bien su risa fue tan histérica que daban ganas de abofetearla para hacerla reaccionar.

Isabelle resultó ser la más inexpresiva, quizá, en el fondo, avergonzada de haber creído que aquello iba en serio. Se agachó y recogió la revista que instantes antes se le había caído al suelo.

La expresión de Maureen se relajó.

Jeanette respiró hondo, hasta llenar de aire sus pulmones.

En cuanto a Christopher y Karen, imitaron a Jeanette.

También respiraron hondo, hasta llenar de aire sus pulmones.

—Dese cuenta —dijo Scott Mayton a Cornelia Russell-, se trata de lo mismo, siempre de lo mismo.. De crear sustos, sobresaltos... Y como resulta fácil deducir que se los dedican a usted, ya sabe Io que le corresponde hacer...

—¿Qué? —preguntó.

—Tomárselo todo tranquilamente. Aunque vea ante sus propios ojos el Infierno, usted como si nada. Seguro que se tratará de un Infierno de mentirijillas.

—El caso no es tan sencillo —dijo Cornelia Russell—. ¿Y esa muchacha llamada Corinne? Alguien la ha matado, de lo que se desprende que entre nosotros hay un asesino.

—Evidente —repuso Scott Mayton—. Pero como de ese

asesino yo la defiendo a usted, sólo le queda el defenderse de los posibles sobresaltos que pueda recibir. A su corazón le conviene mucha calma, recuérdelo. Por lo demás —agregó

Scott—, el próximo día no tardará en llegar y recibiremos la visita del doctor Drumttes, ¿no es eso?

—Sí, si —asintió Cornelia Russel,

—Una vez el doctor Drumttes esté aquí, y pudiendo ya

disponer de un coche, la policía será avisada de inmediato.

—¿Y qué? —preguntó Isabelle—, ¿Acaso la policía será capaz

de averiguar quien es, de todos nosotros, el asesino?

—Si no lo averigua la policía, no se preocupe usted, señorita Isabelle —subrayó Scott Mayton—, En tal caso lo descubriré yo.

CAPITULO V

Seguían transcurriendo las horas, si bien de un modo lento, desesperadamente lento. Estaban todos en el salón. Se habían hecho ya a la idea de no dormir aquella noche, de esperar

juntos a que amaneciera. Era lo más sensato. Era lo razonable.

No obstante, hubo un momento en que Scott Mayton se dio

cuenta de que, circunstancialmente, se habían separado...

Maureen se había ido al lavabo. Isabelle a la biblioteca a

buscar una nueva revista. Priscilla a ponerse un jersey más grueso, sentía frío, según dijo, a pesar del fuego que seguía crepitando en la chimenea. En cuanto a Christopher y Karen, se habían ido a la cocina a preparar un poco de café.

En el salón habían quedado, única y exclusivamente, Cornelia Russell y Scott Mayton. Y Jeanette.

Al joven detective no le gustó ver que se habían dispersado. Si ocurría algo, ¿a quién achacárselo? Todos y cada uno de ellos resultarían sospechosos y todos y cada uno de ellos estarían en su perfecto derecho a decir que eran inocentes.

La primera en regresar fue Maureen.

Aprovechó la ausencia de los demás para acercarse a Scott; y sin que nadie la oyera, decirle:

—En buen lío me he metido por querer conquistarle, señor Mayton. ¡Cuánto mejor estaría en mi casa, aunque fuera aburriéndome!

—Tiene mucha razón —contestó—. Créame que lo lamento.

—Cuando salgamos de aquí, espero que me lo compense...

Aunque no me fío mucho de ello —añadió la pelirroja y llamativa ex señora Steverson—, Mira usted demasiado, y de forma demasiado significativa, a esa muchacha llamada Jeanette. ¿Es su tipo?

—Sí, francamente —reconoció Scott. Pero no quiso que se molestara y se apresuró a añadir—: Lo que no quiere decir que no lo sea usted también.

—Claro, ya comprendo. Ella en plan serio y yo en plan de pasar el rato. Bueno —volvió a sonreír—, no me molesto por ello. Tuve una experiencia matrimonial, la cosa me fue muy mal y me prometí a mí misma no reincidir... Así, pues, su manera de mirarme se ajusta al nuevo método de vida que me he impuesto.

—Un método que me será grato compartir en otra ocasión más propicia.

—Siempre que la tal Jeanette no se ponga celosa...

—Acabo de conocerla —dijo Scott—, Lo sabe usted de sobras. Sus celos estarían de más.

—No sé, no sé... —movió dubitativamente la cabeza.

Se les acercó Isabelle, así que dejaron de hablar. Isabelle llegaba del salón con una nueva revista.

Al poco se les unía Priscilla, ya con un grueso jersey puesto sobre los hombros.

Jeanette se hallaba junto a su tía y permanecía como ajena a lo que ellos pudieran estar hablando, pero miraba de hurtadillas al joven detective. Lo quisiera o no, la mirada se le iba tras él.

—Le encuentras atractivo, ¿eh? —se lo preguntó bajito Cornelia Russell.

—Mucho —reconoció la muchacha.

—Pues haz lo que puedas por conquistarle.

—Este entorno me parece que no es el más apropiado para conquistar a nadie —repuso Jeanette tras respirar hondo—. Pero una vez que todo acabe bien...

—¿Crees sinceramente —preguntó tía Cornelia—, que esto va a acabar bien?

—Sí, claro que sí —afirmó Jeanette.

—Alguien quiere que yo muera —musitó.

—Pero el señor Mayton no permitirá que esa persona se salga con la suya.

En aquel momento se presentó Christopher, preguntando:

—¿Han visto a Karen? Creía que estaba aquí.

—No. aqui no está -—contestó Jeanette.

—¿Y los cafés...? —preguntó Isabelle.

—En seguida los traigo —dijo Christopher—, Les ruego que

me disculpen la tardanza. Pero Karen ha desaparecido de pronto y me he asustado...

En medio del salón ya no estaba el monstruo horrible, el dragón de las tres diábolicas cabezas con sus tres diabólicas mandíbulas de incisivos dientes. Scott Mayton se había encargado de sacarlo de allí, lo que verdaderamente no le había costado mucho porque sólo se trataba de un trozo de plástico. Un trozo de plástico al que le habían dado una forma bien definida, eso sí. Había surtido plenamente el efecto deseado.

El ventanal, ahora, permanecía de nuevo cerrado. Y fuera persistía la lluvia, como si no fuera a cesar nunca. Lo único bueno es que la niebla se había esfumado por completo.

Fue en aquel instante, estando todos allí, todos a excepción de Karen, cuando oyeron aquel ruido junto al ventanal.

Pero ese ruido, lo mismo que el que se había oído unas horas antes, no había sido, no había podido ser provocado por la lluvia, por muy fuerte que ésta se dejara sentir.

Los ojos de todos ellos, pues, se dirigieron hacia el ventanal de forma maquinal, instintiva.

Y a través ide los cristales vieron algo que pendía de una cuerda.

Parecía un ahorcado...

Pero el día aún no había despuntado, la oscuridad seguía siendo intensa y a cualquiera de ellos le hubiera resultado difícil afirmar categóricamente de qué se trataba.

Pero desde luego parecía un ahorcado...

Sin embargo, Priscilla no se puso en pie de un brinco, igual que movida por un resorte, como en aquella otra ocasión, un par de horas antes. Ni se quedó con los pies clavados en el suelo. Ni se puso a sudar por todo su cuerpo. Se dijo que debía tomárselo con serenidad, pues aquello sólo era un nuevo truco...

Jeanette tampoco notó que la lengua se le pegaba al paladar, ni notó que la garganta se le estrechaba y seguía estrechándosele, tanto que sin duda por ahí no hubiera podido salir nada, m siquiera un grito de haber tenido fuerzas para emitirlo. Eso había sucedido antes, pero no ahora. Ella también se dijo que debía tratarse simplemente de un nuevo ardid...

Isabelle tampoco dejó caer la revista, ni se quedó con los ojos terriblemente abiertos, sin el más leve pestañeo en sus paralizados párpados. Eso, asimismo, había sucedido aquella otra vez. Ahora no. Ella también, por lo visto, se dijo que aquello era una nueva farsa.

En cuanto a Christopher, tampoco se quedó como colocado de pronto bajo una ducha fría, helada.

Tampoco, por su parte, Cornelia Russell gritó...

Pero fue Scott Mayton quien, esta vez, en lugar de dar por seguro que aquello era una mera ficción, pareció dar por hecho que se trataba de una realidad horrible, pavorosa. Sí, lo dio por seguro. Para percatarse de ello bastaba mirarle a la cara.

Así Io interpretaron los que pusieron su mirada en él, por lo que empezaron a asustarse de nuevo. En consecuencia, un leve jadeo empezó a salir de sus pechos.

—¿Qué es... es... eso...? —preguntó finalmente Jeanette.

—Parece un ahorcado —dijo Priscilla.

—Sí, sí, lo es —ratificó Isabelle.

Christopher, que había permanecido callado hasta ese momento, finalmente dejó oír su voz:

—Se balancea como un péndulo... De derecha a izquierda... De izquierda a derecha... Como un péndulo...

Scott Mayton quiso saber de fijo a qué atenerse. Las conjeturas y suposiciones de quienes le rodeaban no le iban a servir de nada.

Se adelantó hacia el ventanal.

Decididamente.

Y lo abrió.

También ahora entró en el salón una fuerte ráfaga de aire y lluvia. Entonces pudieron ver qué era, o mejor dicho, quién era la persona que colgaba de la cuerda.

Pero por si tenían dudas, Scott las aclaró:

—Es Karen. Está muerta.

*

La cuerda llegaba del tejado, de la chimenea de la casa. De donde un par de horas antes pendiera la cuerda que sujetaba al monstruo, el dragón de plástico.

Encontraron aún caliente el cuerpo de Karen. Debía hacer poco, muy poco que había muerto. En su rostro no había expresión ninguna. Como si el súbito asombro experimentado hubiera sido tanto que ni siquiera le diera tiempo a expresar nada.

Cornelia Russell se puso a sollozar. Con angustiosos y entrecortados sollozos que le sacudían los hombros.

Ella quería de veras a Karen. Aquello era un golpe muy duro.

Priscilla volvió a perder los nervios y de nuevo se puso a chillar. Esta vez ya, sin lugar a dudas, del modo más histérico.

—Esta casa está endemoniada... —se puso a decir—. Está

endemoniada...

—Yo diría —repuso Isabelle—, que la casa no tiene culpa de nada, sino sus malditos habitantes... ¡Sí, malditos! —exclamó—. Uno de ellos, al menos...

—Daría todo lo que tengo por estar a cien millas de aquí —susurró Maureen.

—Pobre Karen... —Christopher la compadeció por lo bajo, como no atreviéndose a hacerlo en voz alta.

A partir de ese momento supieron que estaban en peligro de muerte. Desde el primero al último. No se podía pensar de otro modo.

Por lo demás, la sensación de muerte se mascaba, estaba allí envolviéndoles como en un negro sudario.

Descolgaron al cadáver de la rolliza y joven Karen y la llevaron a la misma estancia en que se hallaba Corinne, la muchacha gorda que había acabado con la cabeza separada del tronco.

Ya para entonces, en el horizonte, empezaba a despuntar una leve tonalidad rosada, que poco a poco fue tomando fuerza hasta que minutos después, el sol se dejaba ver.

Era ya un nuevo día.

CAPITULO VI

Un suspiro de verdadero alivio hinchó sus pulmones al ver aparecer ante la casa el coche del doctor Drumttes. En esos momentos apenas llovía. Unas leves gotas, pero nada más.

El doctor Drumttes hizo sonar sonriente el timbre de la casa, quedándose sorprendido al ver ios rostros pálidos y demudados que le recibieron. El por su parte también quedó demudado y pálido al encontrarse en aquella estancia donde se hallaban los cadáveres de las dos muchachas.

—¿Qué ha sucedido...? —preguntó con voz trémula.

Cornelia Russell empezó a explicárselo. Pero Scott Mayton, viendo que se agitaba demasiado ai hablar, la interrumpió:

—Déjeme que se lo explique yo.

—Como prefiera.

Scott refirió todo lo que había sucedido, pero a grandes rasgos, de forma rápida, sin perder un tiempo que podía resultar de vital importancia para ellos.

—En definitiva —hizo constar Scott—, se trata, ante todo, de que utilicemos su coche y avisemos a la policía —Y temiendo, por descontado, que alguien pudiera repetir su hazaña de desinflar neumáticos—. Vale más que no perdamos de vista su coche...

Actuaron con rapidez, no permitiendo que lo imprevisto pudiera volver a sorprenderles de nuevo.

En conclusión, antes de que hubiera transcurrido una hora, ya estaba en la casa el inspector Sutton. Un hombre de mediana edad, recio, de mirada vivaz, que de buenas a primeras causó muy buena impresión a todos. El espinoso asunto, puesto en sus manos, sin duda se aclararía pronto.

Pero la verdad es que el inspector Sutton habia de decepcionarles. Bueno, por lo menos había de decepcionar a Scott Mayton.

Sucedió que interrogó a todos, largo y tendido, empeñado en averiguar quien era, no sólo el asesino, sino la persona que había gastado aquellas tan morbosas bromas. Aunque, claro, evidentemente debía tratarse de una misma persona.

Hasta aquí no hubo nada que objetar. Todo normal, correcto.

Sin ahondar en los interrogatorios no habla modo de empezar a meterse de lleno en el asunto.

Pero en eso fue encontrado por allí cerca, Wiil Wooper, un perturbado mental al que la policía estaba buscando desde hacía varias semanas.

Se había escapado de un sanatorio psiquiátrico y desde entonces no había habido modo de darle caza.

Así que fue hallado junto a unos matorrales, le fue colocada la camisa de fuerza. De nuevo sería llevado al manicomio en el que se hallaba recluido desde hacía más de diez años.

Pero mientras le inmovilizaban dentro de la camisa de fuerza se puso a vociferar con todas sus fuerzas. Juraba y perjuraba que la próxima vez que se escapara no se conformaría con cometer dos crímenes, sino que cometería más, muchos más,

por lo menos una docena.

Como fuera que tales exclamaciones las oyera el inspector

Sutton, ya nadie le quitó de la cabeza que a Corinne y a Karen las habia matado él. Ni tampoco le sacó nadie de la cabeza que aquellas bromas —las palabras escritas con un pintalabios en el espejo del tocador, la mano amputada bajo la colcha de la cama, la voz hueca y vacía a través del hilo telefónico — habían sido invención suya. Como invención suya había sido

la aparición del dragón de las tres cabezas.

Convencido de todo aquello, el inspector Sutton dio el asunto por aclarado, concluido y sentenciado.

Y he aquí cuando Scott Mayton quedó decepcionado. No mucho después había de hacer un gesto negativo diciendo:

—Lo siento, pero yo no estoy de acuerdo con el inspector Sutton. Ese perturbado mental, a mi juicio, no encaja en absoluto en lo sucedido en esta casa.

—¿Ah, no...? —y Cornelia Russell, que en realidad tampoco las tenía todas consigo, sintió que se angustiaba de nuevo.

—No —ratificó Scott.

—¿Qué es lo que opina usted exactamente? —preguntó el doctor Drumttes, que se hallaba presente.

Sólo estaban ellos tres en el salón en aquel instante. Jeanette, Isabelle y Priscilla aún no habían acabado de desayunar.

Christopher por su parte las estaba atendiendo.

Por lo que respecta a Maureen, ya no estaba en la casa. Tras despedirse, todo lo amablemente que pudo, de Cornelia

Russell y de sus sobrinas, se marchó de allí encantada, de mil amores.

Precisamente porque sólo estaban ellos tres en el salón, Scott Mayton había considerado que era el momento adecuado de exponer su manera de ver las cosas, y precisamente por el

mismo motivo, el doctor Drumttes se había permitido

preguntarle lo que opinaba exactamente al respecto.

—Creo —subrayó Scott Mayton—, que el culpable está aquí, en esta casa —y añadió dirigiéndose hacia Cornelia Russell—. Es una de sus sobrinas...

—No me estará diciendo que desconfía de Jeanette, ¿verdad? —inquirió el doctor Drumttes—, Si es una muchacha encantadora...

Scott miró mejor al doctor Drumttes. Era tal como Jeanette le había definido, aun joven, con cierta apostura, las patillas ligeramente grises confiriéndole un aspecto interesante, atractivo. Habia inteligencia en el fondo de sus ojos. Pero a Jeanette no le caía bien aquel hombre. Scott no debió compartir la opinión de la muchacha, porque se permitió sincerarse con él.

—Coincido con usted, Jeanette es una muchacha encantadora, pero..

—¿Pero qué? --inquirió el doctor Drumttes.

—Pido su colaboración, doctor --dijo Scott—, La necesito para llegar al fondo de la cuestión, para atrapar al asesino y a su cómplice, si es que lo tiene.

—Estoy a su disposición —repuso el doctor, pero no sin cierto gesto de asombro—. De todos modos, no acierto a imaginar...

—Necesito también su colaboración —Scott se había dirigido a Cornelia Russell —. ¿Puedo contar con usted?

—Por descontado que sí —asintió ella—. ¿De qué se trata?

—Muy, sencillo —explicó Scott Mayton—, usted debe hacer ver que se siente enferma, muy enferma. En consecuencia, se quedará en la cama y el doctor Drumttes será avisado con toda urgencia. Usted vendrá —acababa de volverse hacia el facultativo —, y dirá que está gravísima y que alguien deberá permanecer constantemente a su lado.

—Jeanette, Isabelle y Priscilla se ofrecerán a hacerlo así — intervino el doctor Drumttes.

—A este punto quería llegar —habló de nuevo Scott Mayton— , Ellas se ofrecerán y usted dirá que le parece muy bien, que se queden vigilándola, que vayan turnándose. Les dirá que su tía sólo salvará esa nueva crisis, si así que se queje de agobio, de dolor en el corazón, se apresuran a administrarle veinte gotas de una medicina... Respecto a qué medicina, le dejo la elección a usted, doctor Drumttes, de eso yo no entiendo... Recalcará usted que, de no dársele la medicina de un modo inmediato, la muerte le sobrevendría de súbito...

—¿Adonde quiere ir a parar, señor Mayton? —preguntó Cornelia Russell.

—A una conclusión muy clara. En su dormitorio me esconderé yo y usted, doctor Drumttes, si es que tiene gusto de observar conmigo como se desenvuelven los acontecimientos.

Cualquiera de los gruesos cortinajes de terciopelo de las ventanas nos servirán perfectamente como discreto y disimulado punto de mira. Supongo que en su dormitorio hay gruesos cortinajes de] terciopelo en las ventanas, ¿no es eso?

—Sí, sí —asintió Cornelia Russell, y la curiosidad le hizo preguntar—. ¿Cómo lo sabe?

—Me Io imaginaba —se limitó a responder Scott. No quiso añadir que su aspecto pasado de moda inducía tajantemente a la deducción. —A propósito —terció seguidamente—, ¿tiene su dormitorio más de una puerta?

—Sí —asintió la dueña de la casa—. Una da al corredor, otra a una estancia contigua.

—Perfecto —aclaró Scott.

—Prosiga, por favor, señor Mayton. Me refiero a su plan...

—Pues bien —repuso Scott— usted, ya en la cama, -ya haciéndose la enferma, hará creer, en el momento que le parezca más oportuno, que se ahoga, que se muere... Y su sobrina, la que sea que en aquel momento se halle con usted en el dormitorio, le dará las gotas... Pero cabe -manifestó Scott Mayton--, que no se las dé... Supongo que está claro.

—Ya comprendo... Ya comprendo... —musitó Cornelia Russell.

—Si con la primera de las sobrinas todo va correctamente, haremos la prueba con la segunda, Después con la tercera... —repuso Scott.—-. No nos costará demasiado llegar al final, porque usted, doctor Drumttes, les habrá dicho con anterioridad que permanezcan junto a su tía en turnos de una hora como máximo... Les dice que así su tía no se alarmará...

¿Qué les parece? —y miró a Cornelia Russell y al doctor Drumttes, primero a ella y luego a él.

—Me parece muy bien —dijo Cornelia Russell.

—Tengo que reconocer que es una excelente idea —reconoció el doctor.

—Como en el dormitorio existe una segunda puerta —resumió Scott—, por ella podremos entrar o salir a nuestra comodidad o conveniencia. Sobre la marcha actuaremos.

*

Le había dado un nuevo ataque. Menos mal que el doctor Drumttes no había tardado en llegar. La vida de tía Cornelia estaba en peligro. Saltaba a la vista que de un momento a otro podía surgir un paro cardiaco.

El doctor Drumttes no necesitó mucho para abandonar la

habitación de la enferma y para, ante sus sobrinas,
diagnosticar. En efecto, el estado de tía Cornelia era
gravísimo. No creía que se salvara, pero de todos modos iban a intentarlo.

—Es preciso —dijo seguidamente— que alguien permanezca
constantemente a su lado.

—Nosotras tres lo haremos —repuso Jeanette—, ¿Qué más?

—Si su tía se queja, si se agobia, deberán darle veinte gotas de ... —pronunció el nombre de la medicina—. Deberán dárselas
con rapidez. De lo contrario su muerte sería casi instantánea, o cuando menos entraría en coma profundo, irreversible.

—De acuerdo —asintió Priscilla.

-Procuren —prosiguió el doctor Drumttes— acompañarla con
naturalidad, como si tal cosa. Lo contrario podría hacerla
adivinar su estado de gravedad. Vayan turnándose a menudo,
cada hora como máximo...

Scott miraba al doctor. Lo estaba haciendo bien, francamente bien. Había encontrado un colaborador inestimable.

Antes de esconderse tras los gruesos cortinajes de terciopelo de una de las ventanas, Scott dijo a la enferma: —Tanto si sus sobrinas reaccionan de un modo como de otro,
usted siga adelante con la comedia. Siga adelante hasta el final según ya hemos acordado.

—De acuerdo, señor Mayton.

—Si le dan las gotas, esboce una sonrisa y nada más. Si no se las dan, finge un dolor agudísimo en el pecho y se queda como en estado de coma, ¿comprende? Del resto me encargo yo.

—Si una de mis sobrinas reaccionara mal, ¿a qué proseguir...?
—preguntó Cornelia Russell—, Si ya tenemos a la culpable...

—Puede haber más de una culpable —aclaró Scott Mayton—
hemos de admitir esa posibilidad.

—Sí, claro.

—Lo dicho, usted proceda tal como lo hemos organizado y yo
vigilo...

—Nosotros vigilaremos —amplió el doctor Drumttes, que
hasta entonces no había despegado los labios. Añadió—: Por
lo demás, si algo inesperado surgiera, usted tranquila. Nos apresuraríamos a salir en su ayuda.

—Estoy convencida de ello —aseguró Cornelia Russell—, así
que voy a actuar con absoluta tranquilidad.

—Así debe ser —sonrió Scott Mayton.

CAPÍTULO VII

Isabelle permanecía en el dormitorio de su tía, y le hablaba con naturalidad, como no dando importancia al nuevo ataque
que había sufrido.
Permanecía sentada en un silloncito que había acercado al lecho. La mesilla de noche estaba allí mismo. Encima se hallaba la medicina que había de ser utilizada en caso de emergencia.
-¿Qué hora es? —preguntó tía Cornelia.
—Las cinco, tía —contestó Isabelle tras consultar su reloj de pulcera.
—Parece que hay poca claridad para ser tan pronto —opinó.
—El cielo está muy nublado —dijo Isabelle—, y vuelve a haber bastante niebla.
—Debe ser por eso..., por eso...
De pronto, Cornelia Russell se puso a jadear angustiosamente, mientras se llevaba las manos a la garganta como si el, aire le faltara. La respiración, desde luego, se le había hecho violenta y agitada.
—¿Qué te sucede, tía? —se angustió Isabelle mientras se ponía en pie y se inclinaba sobre el lecho.
—Me encuentro mal..., mal... — gimió Cornelia Russell, esforzándose porque su interpretación resultara lo más verídica posible—. Siento agobio, dolor en el corazón... Un dolor horrible... ¡Oh, Isabelle, me siento morir!
—¡No digas esto, tía, por Dios! —exclamó Isabelle, cuyas manos se apresuraron a ir hacia la mesilla de noche, hacia el frasco de la medicina—. Te daré veinte gotas y en seguida te encontrarás bien.
Destapó el frasco y fue dejando caer las gotas en un vaso, en el cual ya había un par de dedos de agua.
Escondido tras el cortinaje de terciopelo, Scott Mayton pudo ver perfectamente como la muchacha contaba hasta veinte
gotas, ni una más ni una menos. De lo mismo pudo percatarse el doctor Drumttes desde su escondrijo en el otro cortinaje de la misma ventana. Por lo que se intercambiaron una mirada de asentimiento.
Isabelle se apresuró a enderezar a tía Cornelia y a acercarle el vaso a la boca.
—Tienes que tomártelo, todo, todo... --dijo e insistió cuando Cornelia Russell pareció querer rechazar lo que se le daba-—.
Hasta el final, tía... Por favor, esfuérzate...
Consiguió que se lo bebiera y se tranquilizó al darse cuenta de que el jadeo de su pecho decrecía poco a poco, y al ver que la respiración se le hacía de nuevo lenta y reposada.
Volvió a sentarse en el silloncito la pequeña y pecosa muchacha y se quedó quieta.

—Ya me encuentro mucho mejor —musitó Cornelia Russell—, Gracias, Isabelle.

*

Ahora era Priscilla la que estaba en el dormitorio de Cornelia Russell.

Sentada en el silloncito situado cerca del lecho, vigilaba a la enferma mientras charlaba con ella de temas intrascendentes.

—Este año se llevará la falda más corta —decía en aquel momento—. Yo la prefiero un poco larga, mis piernas no están mal, pero no son mi fuerte.

—Tu fuerte son ios ojos —repuso tía Cornelia—. Los tienes muy bonitos. Da gusto mirarlos, de veras te lo digo. Los has heredado de tu abuela paterna... Era una señora que..., que...

De pronto, Cornelia Russell se puso a jadear angustiosamente, mientras se llevaba las manos a la garganta como si el aire le faltara. La respiración, desde luego, se le había hecho violenta y agitada.

Repetía su papel. Y sí, francamente, lo estaba representando muy decorosamente.

—¿Te encuentras mal, tía? —preguntó Priscilla, y se levantó rápidamente del silloncito.

—Sí, sí —asintió Cornelia Russell—. Siento un agobio horrible, un dolor espantoso en el corazón... Lo mismo que si fuera a morirme...

—Tengo una medicina para darte, no te preocupes —dijo Priscilla, y sus manos se apresuraron a ir, como antes las de Isabelle, hacia la mesilla de noche, hacia el frasco de la medicina.

—¡Oh, me ahogo! —gimió la enferma.

Priscilla destapó el frasco y fue dejando caer las gotas. Pero apenas hubo contado hasta cuatro, se detuvo. Pareció como si vacilara, como si una idea la hubiera detenido de pronto.

Desde su lugar estratégico, Scott Mayton reparó en ello y quedó a la expectativa. No, no podía dejarse guiar por una primera impresión. Debía asegurarse.

Hizo bien en proceder así. La vacilación de Priscilla fue momentánea, sé debió, única y exclusivamente, al hecho de que sus manos tenían una excesiva agitación. Se había detenido para controlar su temblor.

Conseguido ya esto, las gotas siguieron cayendo en el vaso, hasta sumar veinte en total. Ni una más ni una menos.

Seguidamente, Priscilla ayudó a su tía, para que se incorporara, para que le fuera más fácil beber.

--Bébete esto y te pondrás bien en seguida —le dijo—. Bébetelo todo, no, no lo dejes a medias... Así... así... —sonrió al ver que se lo acababa.

Y pronto se sintió tranquila, pues el jadeo de tía Cornelia fue decreciendo hasta que la respiración se le hizo de nuevo lenta y reposada.

Priscilla volvió a sentarse en el silloncito.

Scott Mayton y el doctor Drumttes intercambiaron una mirada significativa, sumamente expresiva. Ya eran dos las sobrinas inocentes.

Pero en esa mirada que se cruzaron hubo cierta alarma. Y más que alarma también. Porque si Isabelle y Priscilla eran unas buenas sobrinas, eso venía a significar forzosamertte que

Jeanette...

Bueno, forzosamente no.

Antes tenía que demostrar su culpabilidad.

Pero esa posible culpabilidad hería de antemano a Scott

Mayton y también al doctor Drurnttes, resultaba evidente.

Como a ambos les gustaba la muchacha, la idea de que fuera

culpable les hacía sentirse molestos e incómodos.

Pero, bueno, no había que anticiparse a los acontecimientos.

Había que esperar.

Era la guapa Jeanette quien ahora se hallaba en el dormitorio de su tía.

Así que salió Priscilla, entró ella, y empezó a hablar a la enferma con suavidad y cariño.

—Vengo a hacerte un poco de compañía, tía —le sonrió—.

Pero si te entra sueño y te estorbo, me lo dices, ¿eh? Yo me iré, o me quedaré calladita a tu lado.

—Eres una buena chica —dijo Cornelia Russell, que en aquel

momento pareció olvidar que estaban haciendo una prueba;

una prueba de imprevisibles resultados—, Eres la mejor de

las tres..

—Las tres te queremos mucho -—aseguró Jeanette—. De esto

puedes estar segura, tía Cornelia.

—¿Tú crees?

—Claro que si.

—Soy una tía rica, muy rica —recordó Cornelia Russell—, y el día que yo muera vosotras me heredaréis. Puestas así las

cosas, tampoco sería extraño que alguna de vosotras

desearais... Tú no, Jeanette, ya lo sé... —se anticipó a su gesto de protesta—. Tú no... —y repitió—. Tú eres una buena chica...

—Ninguna de nosotras te deseamos el menor mal, tía Cornelia —aseguró Jeanette—. Queremos que vivas muchos años y que

disfrutes cuanto más y mejor de tus millones.

—Si salgo de ésta, procuraré pasarlo lo mejor posible. Estoy decidida a... a...

Acababa de recordar que debía proceder del modo acordado.

Por más que ella no desconfiara en absoluto de Jeanette, debía hacerlo. En eso habían quedado.

De pronto, Cornelia Russell se puso a jadear angustiosamente, mientras se llevaba las manos a la garganta como si el aire le faltara.

Por tercera vez repetía su papel. Sinceramente, cada vez le estaba saliendo mejor.

—¿Qué te pasa, tía? --y Jeanette, asustada, muy asustada se había levantado del silloncito.

—Me duele el corazón, siento un agobio horrible

—la voz de Cornelia Russell se esforzaba por dejarse oír a

tenor de las circunstancias—. Me voy a morir...

—No, no —se angustió Jeanette—. El doctor Drumttes ha

dejado una medicina para ti... Voy a dártela... Ya verás tía, en seguida te sentirás mejor...

Y Jeanette destapó el frasco, disponiéndose a dejar caer las veinte gotas en el vaso del agua.

Pero su apresuramiento no fue más que fingimiento, disimulo, engaño. Lo cierto es que se limitó a eso, a destapar ei frasco.

Sin embargo, no dejó caer ni una sola gota. Sólo hizo ver que lo hacía.

Cornelia Russell se dio cuenta de ello y los ojos se le llenaron de lágrimas. Aquello no podía esperárselo. Había llegado a sospechar de sus otras sobrinas, sí. Lo reconocía, pero nunca, en ningún momento, de Jeanette.

Tras ei cortinaje de terciopelo, Scott Mayton tam bien se

percató de la circunstancia. ¡Cómo no, cuando estaba allí para eso, para averiguar quién de ellas era la culpable!

Al doctor Drumttes, por su parte., tampoco le pasó

desapercibido el hecho.

Seguidamente, Jeanette incorporó a su tía. Aparentemente con mucho cariño y mimo.

—Tómate esto. tia... Es una medicina muy buena. Dentro de un minuto estarás perfectamente... —pero Jeanette sabia que en el agua no había ni una sola gota de aquella medicina.

Cornelia Russell apretó los labios, instintivamente. Ella sabía ya quién era la culpable, la mala.

—¿Estás llorando, tía...? —se angustió aún más Jeanette,

Acababa de ver llenos de lágrimas los ojos de su tía—. No, por favor, no temas nada, no te asustes...: En seguida te pondrás bien... Tórnate esto...

Obedeció, pero esta vez no hizo ver que decrecía el jadeo de su pecho y que la respiración se le hacia de nuevo lenta y

reposada. Por el contrario, fingió sentirse peor, cada vez peor.

Hasta que terminó haciendo ver qué se quedaba en estado de

coma.

Era lo acordado.

Era esto, pues, lo que hizo.

-—¡Oh, no, tía Cornelia! —exclamó Jeanette consternada al querer hacerla volver en si y al no conseguirlo.

Acto seguido, abandonó rápidamente la habitación y salió al corredor.

—¡Isabelle! ¡Priscilla! —llamó a sus primas con la voz ahogada— ¡Tía Cornelia está muy mal...!

Pero sus primas, por lo visto, no la oyeron, y Jeanette se fue hacia el dormitorio de Isabelle. Sabía que la había dejado allí.

Y allí sin duda seguiría.

Mientras tanto, Scott Mayton y el doctor Drurnttes habían salido ya de su escondrijo.

—Lo que menos podía esperarme —sollozó Cornelia Russell.

—Así es la vida —el tono de Scott Mayton dejó traslucir la desilusión que él a su vez sentía—. Pero, en fin, sabemos ya a qué atenernos...

—Esto es lo importante —añadió el doctor Drumttes.

—Ahora vístase —dijo Scott a la dueña de la casa—, y baje al salón. Allí estaremos esperándola el doctor Drumttes y yo.

—¿Cómo va a actuar ahora que ya sabe...? —preguntó Cornelia Russell.

—Lo sabrá cuando baje al salón —le respondió—. Se trata —le anticipó—, de que Jeanette, creyéndola muerta, o por lo menos en estado de coma, la vea aparecer de pronto... Terminará de delatarse...

—Comprendo —asintió.

—Lo dicho, la esperamos en el salón.

Salieron por la otra puerta, por la que daba a otra estancia. Sólo pisaron el corredor cuando se aseguraron de que nadie iba a verles. Instantes después bajaban rápidamente la escalera y, lo dicho a Cornelia Russell, quedaban esperándola en el salón.

Muy poco después oyeroñ las voces de Jeanette y de Isabelle. Voces angustiadas, que se alzaban queriéndose hacerse oir.

—¡Doctor Drumttes! ¡Doctor Drumttes! ¿Dónde está usted...? ¡Nuestra tía se muere...! —había sido la voz angustiada de Isabelle.

— ¡Señor Mayton! ¡Señor Mayton! —ahora era la voz acongojada de Jeanette—. Tía Cornelia ha perdido el conocimiento...

Ambas habían descendido la alfombrada escalera, lo más rápidamente posible, dirigiéndose rectamente al salón.

Allí, en efecto, se encontraron con las dos personas a las que llamaban.

Pero se llevaron una sorpresa.

Por lo menos se la llevó Jeanette.

Apenas la vio ante sí, Scott Mayton le dijo:

—No me sorprende nada el empeoramiento de su tía. Usted, Jeanette, no le ha dado la medicina.

—¿Qué…? ¿Cómo dice…? —tembló ostensiblemente la voz de la muchacha.

—Tenía que haberle dado veinte gotas, eran las órdenes del doctor Drumttes. Y en lugar de hacerlo… No, no lo niegue, la hemos estado espiando.

Scott Mayton se dio cuenta de que Jeanette se tambaleaba.

Claro, cogida tan de sorpresa, la impresión recibida era demasiado fuerte.

Sí, sin duda lo era porque Jeanette sintió que la vista se le nublaba, que la cabeza se le iba, y que todo a su alrededor empezaba a dar vueltas a una velocidad vertiginosa.

Poco después, sin poder articular ni una sola palabra, caía redonda al suelo.

En eso se oyó un grito fuerte, estridente, en lo alto de la alfombrada escalera.

El grito llenó la casa. De arriba abajo. De un extremo al otro.

Reconocieron la voz.

Perfectamente.

Era Christopher quien había gritado.

CAPITULO VIII

Christopher había dado con los nudillos a la puerta. Al no recibir respuesta había repetido la llamada. Pero al no oír nada, y sabiendo que la señorita Priscilla se hallaba en su dormitorio, él mismo la había visto entrar, optó por coger el pomo y hacerlo girar.

Fue al entreabrir la puerta cuando gritó. Fue entonces cuando se oyó su grito fuerte y estridente, que llenó la casa, de arriba abajo, de un extremo al otro.

¿Qué acababa de ver...?

Lo que, sin duda, había sucedido poco antes. Apenas cinco minutos antes.

¡Priscilla había sido asesinada! Y ahora permanecía en el suelo, boca abajo, con el arma mortal —ni más ni menos que un vulgar cuchillo de cocina— clavado en la espalda hasta su mismísima empuñadura.

La sangre había formado un charco alrededor de su cuerpo. La sangre era aún, roja, muy roja.

Al grito del mayordomo, Scott Mayton y el doctor Drumttes se apresuraron a subir al piso. En el salón quedó Isabelle.

vigilando a Jeanette. Esta seguía desvanecida en el suelo.

—¿Qué sucede, Christopher? —preguntó el joven detective al sirviente.

—La señorita Priscilla está...., está... muerta... -balbuceó.

—La han asesinado —dijo Christopher—, con uno de los cuchillos de la cocina. Con el que yo reservo para cortar el jamón...

Scott avanzó hacia el dormitorio de la infeliz y desdichada Priscilla. En efecto, estaba muerta, aún caliente. La muerte, qué duda cabe, debía de haber acaecido muy pocos instantes antes.

—Lamentablemente —resumió Scott Mayton luego de asegurarse de su muerte y de ver la terrible y espeluznante expresión que desfiguraba aquel rostro y de ver, asimismo, el alucinante espanto que reflejaban aquellos ojos siempre tan bonitos—, lamentablemente... ya no podemos hacer nada por ella. Volvamos abajo.

Cuando salieron de nuevo al corredor, Cornelia Russell lo hacía a su vez de su dormitorio. Coincidieron.

—¿Qué grito ha sido ese...? —preguntó Cornelia Russell— ha sido usted, Christopher, ¿verdad?

—Sí, —repuso el doctor Drurnttes— se trata de que...

Pero no quiso decir más, quizá, sin duda, temiendo que todo aquello terminara por ser una dosis demasiado cargada de emoción para ella. Una dosis que podía resultar muy peligrosa, de fatales consecuencias.

No obstante, Cornelia Russell vió en su expresión que algo grave, muy grave había sucedido, y quiso saber qué era. Se

empeñó en ello.

—Pues verá —dijo Christopher— he entrado en el dormitorio

de la señorita Priscilla y... —pero tampoco el sirviente se atrevió a concluir.

Lo hizo Scott Mayton.

—Han asesinado a su sobrina Priscilla. Han acabado con ella clavándole un cuchillo en la espalda. No, es mejor que no la vea —se anticipó a su ademán de avanzar hacia la puerta de la susodicha estancia—. Recuerde que debe, al menos en lo posible, cuidar de su corazón.

—Sí, sí —asintió Cornelia Russell, pero jadeaba y ahora iba en serio.

—La necesito, no lo olvide —le dijo Scott Mayton. Y añadió—: Bajemos todos al salón. Nos espera Jeanette...

Jeanette seguía inconsciente cuando entraron de nuevo allí.

Fue ahora Isabelle quien, no obstante, sufrió una fuerte

impresión. Creía poco menos que muerta a tía Cornelia. Así al menos acababa de decírselo su prima Jeanette. Y la veía aparecer como si no le hubiera pasado nada...

—Ha sido un ardid —le explicó tia Cornelia—, Era preciso que averiguase quien de vosotras tres me quería mal. Y ya lo he averiguado, era Jeanette...

Scott Mayton se había acercado a la inconsciente Jeanette,

queriendo hacerla volver en sí. Al no conseguirlo, se dirigió al doctor.

—Encárguese usted de que reaccione.

—Bastará con que le demos a oler amoníaco. ¿Tienen? —

preguntó seguidamente.

—Sí —dijo Cornelia Russell—. Tráelo, Isabelle.

—En seguida —contestó ésta.

Poco después, Jeanette volvía de su desvanecimiento. El

amoníaco surtió efectos casi instantáneos.

Pero al volver en sí, Jeanette demostró no haber recuperado la plenitud de sus facultades, por lo menos mentales.

Entornando los párpados de un modo extraño, mirando

veladamente a los que le rodeaban, carraspeando y

balbuceando de un modo impreciso e incoherente, dio la

sensación de haber sufrido, al verse desenmascarada, un

shock demasiado fuerte.

—No se haga la tonta, Jeanette —dijo Scott, duramente—, No

va a servirle de nada —y agregó, sin más—. Ahora mismo voy

a llevarla a la comisaría de policía, ante el inspector Sutton.

Allí tendrá ocasión de aclararlo todo, por lo que no me

molesto en obligarla a que lo aclare ahora. Usted me

acompaña, ¿verdad? —se volvió hacia Cornelia Russell—. Como dueña de la casa, conviene que atestigüe, notifique y dé fe de todo lo sucedido.

—Le acompaño, claro que sí —asintió ella.

—Yo también, si le parece a usted... — empezó a decir el doctor Drumttes.

—Usted puede quedarse acompañando a la señorita Isabelle —repuso Scott—. No es cosa de dejarla sola con el cadáver de su hermana. Son ya demasiadas emociones para todos.

—Me quedaré —dijo el doctor Drumttes.

—Gracias.., —Isabelle se esforzó por esbozar una tenue sonrisa.

Jeanette no terminaba de reaccionar, o de hacer ver que no reaccionaba. Así que Scott Mayton se vio obligado a cogerla por un brazo y a arrastrarla hacia su coche. Un mecánico de Monnorwing había acudido el día antes, por la mañana, dejándoselo debidamente reparado. Lo tenía, pues, a su entera disposición, —Entra en el coche, monada —le dijo Scott, empujándola hacia el asiento lindante al que él había de ocupar—. Aquí, a mi lado, por si se te ocurre escapar... Bueno, sólo por si se, te ocurre, porque por descontado que no vas a lograrlo... Usted acomódese detrás —añadió, dirigiéndose a Cornelia Russell.

Jeanette quedó mal sentada, demasiado inclinada hacia un lado, mientras sus ojos, de mirada turbia, velada, parecían no comprender lo que sucedía a su alrededor. Su expresión, desde luego, no terminaba de reflejar un pensamiento definido. Su mente daba la sensación de vagar en medio de una nube opaca, espesa, que le privara de un normal raciocinio.

Scott Mayton dio la vuelta al coche, y tras hacer un gesto y despedirse del doctor Drumttes y de Isabelle, puso el motor en marcha.

El coche se alejó hacia la localidad de Monnorwing, que se hallaba aproximadamente a unos seis kilómetros de allí. Se alejó rápidamente.

.—¿Dónde estoy...? ¿Dónde estoy...? —empezó a preguntar Jeanette, y miraba a su alrededor, pero sin ver, al menos sin comprender ni asimilar lo que veía. Lo mismo que si padeciera amnesia—. ¿Adonde vamos...? ¿Adonde vamos...?

—Nos dirigimos a la comisaría -—dijo Cornelia Russel—. Una vez allí, ante el inspector Sutton..

—¿Quién es el inspector Sutton? —preguntó la muchacha, cada vez más velados sus ojos.

Pero una vez en Monnorwing, el coche que conducía Scott

Mayton no se dirigió hacia la calle principal, que era la que llevaba directamente a la comisaría de policía. Enfocó una calle transversal y siguió adelante.

—Se equivoca usted, señor Mayton —le avisó Cornelia Russell—. por aquí no se va a...

—Ya lo sé —respondió Scott.

No dijo nada más y Cornelia Russel se quedó a medias. Tan a medias que se quedó sin entender nada.

—¿Entonces...? —preguntó finalmente—, si sabe que por aquí no se va a la comisaria, ¿por qué...?

—Se lo voy a decir en pocas palabras —contestó Scott—, porque no vamos a la comisaría.

—¿Ah, no? —se sorprendió Cornelia Russell.

-No.

—Entonces, ¿adonde...? Supongo que puede decírmelo.

—Claro que sí. Vamos al consultorio del doctor Yates. Me he informado y sé que es en esta misma calle donde vive.

—¿Vamos al consultorio del doctor Yates? —Cornelia Russell no terminaba de entenderlo—. Es una buena persona, le conozco y le aprecio. Desde luego, debo reconocer que al doctor Drumttes le tengo más confianza. Pero, ¿a qué vamos...?

—¿No se da cuenta? — e indicó a Jeanette, que no conseguía tenerse erguida, que se caía desfallecida sobre el respaldo de! asiento, que miraba de una manera velada y turbia a través de sus párpados entrecerrados—. ¿No se da cuenta...? Jeanette está drogada.

—¿Drogada? —respingó Cornelia Russell.

—No sé con qué —dijo Scott—. Sólo sé que en estos momentos no sabe donde está, ni quiénes somos, ni lo que decimos... Tampoco recuerda nada. Si esto no es estar drogada, usted me dirá...

—Yo creía —repuso Cornelia Russell—, que fingía encontrarse mal, que estaba haciendo cuento...

—El cuento —manifestó Scott Mayton, tajante, rotundo, seguro de sí mismo—, lo están haciendo Isabelle y su cómplice, el doctor Drumttes.

—¿Qué...? —se atragantó Cornelia Russell.

—Lo dicho —se reiteró en su opinión—. Por lo que, así que Jeanette sea debidamente atendida, iremos a buscar al inspector Sutton y con él regresaremos a su casa. Encontraremos a Isabelle y al doctor Drumttes, no lo dude, con las manos en la masa.

*

Así que el coche se alejó por la carretera en dirección a

Monnorwing, Isabelle y el doctor Drumttes se miraron y se echaron a reír.

Seguidamente entraron en la casa.

Ya en el salón, Christopher había de presentarse ante ellos, diciendo:

—Mi enhorabuena, señorita Isabelle. Todo ha salido perfectamente.

—Podemos sentirnos satisfechos, en efecto —reconoció el doctor Drurnttes—. Pero aún no está todo conseguido. Hemos de saber rematar el trabajo.

—De esto te encargarás tú, querido —dijo Isabelle—. No albergo dudas al respecto. Pero ahora que estamos solos y podemos hablar con tranquilidad, dime, ¿cómo te las has arreglado para que Jeanette haya quedado en ese estado, incapaz de pensar, de reaccionar, de defenderse?

—Cuando ha salido asustada del dormitorio de tía Cornelia, tú, Isabelle, obedeciendo mis órdenes, y con la excusa de tranquilizarla, le has dado a tomar un sedante, ¿no es eso?

—Si —asintió Isabelle.

—Pues el tal sedante no era tal, era más bien una mezcla apropiada para que, al menos durante cuarenta y ocho horas, permanezca como alelada. El tiempo suficiente para que yo, mientras tanto, me encargue de acabar con tía Cornelia.

—¿Acabar? ¿Cómo? —quiso saber Isabelle.

—Ha sufrido muchas emociones y demasiado fuertes para su estado de salud. Bastará con que no le recete lo más oportuno, para que el corazón le falle... Pero le concederé un poco de tiempo, para que rectifique su testamento y te lo deje todo a ti... Lo más seguro es que Jeanette acabe en la horca, pero por si acaso, por si se salva de eso, vale más eliminar posibles contratiempos.

—Cuando todo sea mío, será también tuyo, amor mío —dijo Isabelle.

—Entonces nos casaremos y seremos felices. Nada se opondrá a nuestra felicidad. Porque yo siempre te he querido, Isabelle —agregó—-, por más que haya hecho creer a tu tía que me gustaba Jeanette. Había que despistar, las cosas hay que hacerlas bien.

—Nuestra única pena será —dijo Isabelle— vernos obligados a prescindir de nuestro actual y fiel mayordomo. Usted, Christopher, como es lógico, deseará cobrar el dinero ofrecido e ir a vivir tranquilamente a otra parte.

—Vendré a visitarles a menudo —hizo una respetuosa inclinación de cabeza.

—Estamos seguro de ello —sonrió la pequeña y pecosa

Isabelle, añadiendo—. Sé que me aprecias de veras. De lo contrario no me hubieses ayudado como lo has hecho.

—No ha sido tan difícil —repuso ei sirviente—, ¿Qué he hecho en realidad? Poca cosa. Aprovechar que la señora estaba en una clínica y que Karen acababa de ausentarse por quince días, y encargarme de que, personas especializadas, construyeran una entrada y una salida, debidamente disimulada, en el dormitorio de la señora. Así, quien fuera de nosotros, podría entrar o salir de allí sin ser vistos.

—Es lo que hice yo —dijo el doctor Drumttes—, escribiendo aquellas palabras en el espejo del tocador y acercando aquella mano a la suya bajo la colcha...

—Pretendíamos con ello que tía Cornelia sufriera un nuevo ataque y muriera —observó Isabelle—. Pero su corazón estaba aún fuerte y aguantó.

—La idea de la mano fue buena —repuso el doctor Drumttes—. Por lo menos yo así lo supuse al principio. Desde luego, no creí que se complicaran tanto las cosas. Yo vi correr a aquel hombre, que en un accidente de trabajo acababa de ver amputada su mano izquierda... Como sea que la llevara sujeta en la derecha, se me ocurrió quitársela y dedicarle a tía Cornelia un número fuerte... Pero como tú bien has dicho, Isabelle, su corazón aguantó...

—Me sorprendió que así fuera.

—Cuando la mano ya hubo hecho su trabajo, decidí desprenderme de ella. Me alejé de la casa y la arrojé lejos... —siguió diciendo el doctor Drumttes—. Pero había tanta niebla y era tan espesa, que ni vi donde la. arrojé... Le dio en Ía cara a esa muchacha llamada Corinne. Le manché, pues, la cara con sangre... Por lo que, al ver que se desmayaba, opté por sacar el pañuelo y limpiarle esa sangre... Opté también por quitar de allí la mano amputada, para ir arrojarla a otro lugar... De esta forma, cuando volviera en si, dudaría de lo sucedido. O por lo menos dudarían de ella los demás, si es que iba contándolo por ahí... Desde luego —resumió el doctor Drumttes—, esa muchacha debió andar despacio, muy despacio, pues cuando yo intervine por primera vez quitándole a aquel hombre su mano, ella ya estaba allí... Sí, le quité la mano a aquel hombre, que ciertamente era suya —afirmó—, pero que ya de nada iba a servirle. ¿De qué puede servir una mano amputada? El pretendía que un cirujano que vive aquí cerca, se la colocara... ¡Como si fuera tan sencillo!

—Desgraciadamente —añadió Isabelle— esa misma muchacha llegó poco después hasta aquí, con esa atractiva

pelirroja llamada Maureen y con ese Scott Mayton que es un tipo demasiado listo.

—-Sí. desgraciadamente Corinne llegó hasta aquí debido a la avería del coche —subrayó el doctor Drumttes—. Tuve que matarla. Pudo haberme reconocido a pesar de! sombrero.

---Y tampoco esa emoción hizo que fallara el corazón de tía Cornelia...

—Ni aun cuando la vio bajando la escalera sin cabeza.

—Ni siquiera —se permitió opinar el sirviente—, pudo con ella la aparición del dragón de las tres cabezas. No cabe duda, había llegado muy recuperada de la clínica.

—Lo que más lamento —dijo Isabelle— es que Karen llegara a sospechar de ti, Christopher, y en consecuencia de mí también. No me gustó tener que prescindir de ella.

—No resultó difícil colgarla de la soga —refirió el doctor Drurnttes—. Por lo visto de mí no .desconfiaba en absoluto.

—Lo que resulta enojoso —opinó Isabelle—, es que Scott Mayton sea detective, ¿no?

—Hemos podido enredarle a las mil maravillas —el doctor Drurnttes no albergaba dudas, se sentía anvanecido de cómo lo había llevado todo—. En realidad, él mismo me dio la oportunidad de que todo nos saliera perfecto... Aún más perfecto de lo que planeábamos... Porque al principio nos conformábamos con que tía Cornelia muriera y su fortuna fuera repartida en tres partes iguales... Pero cuando Scott Mayton me propuso averiguar quién de las tres sobrinas no daba la medicina a tía Cornelia, consideré llegado el momento y la ocasión de desembarazarme de Jeanette...

—Desembarazarte de Jeanette ha sido sencillo —dijo Isabelle—, Me bastó decirle: «Priscilla acaba de darle veinte gotas a tía Cornelia. Dice el doctor Drurnttes que ahora, aunque vuelva a ahogarse, no hay que repetir la dosis... No hay que repetirla antes de un par de horas... Darle ahora una nueva dosis la mataría en el acto. Así, pues, si te la pide, finge que se la das, pero nada más...» Y la infeliz de Jeanette se lo creyó. Podíamos haber dejado con vida a Priscilla —prosiguió diciendo Isabelle—. Era lo que yo pensaba hacer. Pero a última hora desconfió de mí y dijo que ella no iba a encubrirme, que a tanto no llegaría. Tuve que coger uno de los cuchillos de la cocina y acabar con ella.

—Si no lo hubieras hecho tú, lo hubiera hecho yo —aclaró el doctor Drumttes—. Así el negocio nos saldrá redondo. Por lo demás, tú nunca has querido a tu hermana. En fin, ya ha pasado todo, no hemos de preocuparnos. De todas esas

muertes y de todo Io sucedido
habrá de responder Jeanette, una muchacha que tendrá en
contra suya a todos, incluso a Scott Mayton… El detective fue el primero en ver como no echaba las veinte gotas en el vaso…

Y como no habrá de enterarse nunca de que tú, en mi nombre, le diste el encargo de que no se las diera…

—Pero según ha dicho usted —intervino de nuevo
Christopher—. Dentro de cuarenta y ocho horas la señorita
Jeanette dejará de estar drogada y entonces, ¿qué pasará
entonces, cuando empiece a explicar…?

—Nadie la creerá —replicó el doctor Drumttes—. En cuanto a
ti, Isabelle, y a mí, Christopher, diremos en todo momento lo preciso para que sea considerada culpable. Ni siquiera estará de su parte el detective… Este, una vez hecha la pertinente declaración y denuncia de los hechos, volverá a Londres, se reintegrará a su trabajo. Además —añadió finalmente—, que
aunque alguien terminara sospechando de nosotros, ¿cómo
iba a demostrar nuestra culpabilidad? Tiempo perdido.

—Ahora se trata —advirtió Isabelle—, de que tía Cornelia
cambie su testamento, de que me lo deje todo a mí. Debe
hacerlo cuanto antes, por si se da el caso, como tú has dicho antes… —miró al doctor Drumttes—, de que Jeanette no acabe en la horca. Hay que evitar posibles contratiempos.

—Aguantará hasta que haga el testamento —aseguró el
doctor Drumttes—, pero ni una hora más.

—Por cierto —a Isabelle acababa de asaltarle un temor—,
¿qué sucederá en la comisaría si averiguan que Jeanette se
halla bajo efecto de…

—Creerán que está drogada —afirmó el doctor Drumttes—.
Simple y llanamente drogada. Eso no tiene nada de particular.
Hoy día muchas muchachas se drogan.

—Pues todo perfecto —dijo Christopher. Y repitió—: Mi
enhorabuena, señorita Isabelle.

CAPITULO IX

Jeanette fue atendida por el doctor Yates, un hombre amable y cordial, a quien Scott Mayton facilitó el diagnóstico haciéndole saber de lo que, a su juicio, se trataba.

El doctor Yates, tras cerciorarse de que el joven detective no iba descaminado en sus suposiciones, dio una inyección intravenosa a la muchacha. Pocos minutos después la

muchacha había ya reaccionado.

No de un modo total, pues se sentía como si acabaran de darle una paliza, pero había recobrado el conocimiento, la conciencia de sí misma, y se daba cuenta, por completo, de

todo lo que sucedía a su alrededor.

Scott Mayton se apresuró a rogarle que no tuviera en cuenta lo que le había dicho antes, en la casa, ante todos. Le hizo saber que se trataba de seguir un plan preconcebido, único

modo de descubrir ai verdadero culpable.

Jeanette le oyó, pero no terminaba de entenderlo bien. No

dejaba de mirar perpleja a tía Cornelia, que poco antes creyó que se moría.

Cuando Jeanette se sintió bien, o al menos cuando se sintió en disposición de regresar a la casa, Scott la acompañó hasta el coche. Lo hizo con cuidado, con cariño. Ahora no tenía por qué tratarle mal, ahora no tenía que fingir.

Poco después, Christopher les abría la puerta, no pudiendo

disimular su desconcierto, por descontado, al ver a Jeanette que regresaba con ellos.

El mismo desconcierto experimentaron Isabelle y el doctor

Drumttes.

—¿Qué hace aquí Jeanette...? —fue Isabelle la que acertó a

formular la pregunta—. La suponía donde debe estar, entre rejas.

Como se oyera el ruido de un coche que acababa de detenerse ante la casa, Scott Mayton dijo:

— Es el inspector Sutton... Christopher, vaya a abrir...

—Si, sí, señor... —tartamudeó.

En efecto, se trataba del inspector Sutton y de varios de sus hombres. Antes de regresar, Scott había pasado por la comisaría de policía requiriendo sus servicios.

—No comprendo —dijo Isabelle.

Todos ellos estaban reunidos en el salón en aquel momento.

—Pues es fácil de comprender —contestó Scott Mayton, sin dejar de momento que interviniera el inspector Sutton—. Alguien ha tratado de acabar con la vida de Cornelia Russell... No matándola, no, simplemente queriendo que su corazón fallara... Pero el asunto, con mi llegada a esta casa, se complicó... Se complicó doblemente al llegar conmigo esa muchacha llamada Corinne, que podía reconocer al hombre que se llevó la mano amputada... Lo que venía a significar, que podía echarlo todo a rodar... Hubo que matarla, claro... Como hubo que matar a Karen, que por lo que supongo llegó a averiguar demasiado... Algo parecido debió sucederle a

Priscilla... Tres víctimas inocentes que perdieron su vida por la ambición de... de... —no pronunció ningún nombre, dándose el gusto de dejar pendientes aquellos puntos suspensivos.

—Parece dar a entender que... —el doctor Drumttes fue el único que se vio con ánimos de decir algo.

—No doy a entender nada —dijo Scott Mayton—. Afirmo, y lo hago, como verán, ante el propio inspector de policía.. —Y continuó refiriéndose a los hechos—.

Dar sustos a

Cornelia Russell, que pudieran llevarle a una muerte súbita, no tenía que resultarles difícil... ¿No estuvo Christopher solo en la casa durante quince días? Seguro, pues, que aprovechó ese tiempo para hacer construir alguna salida disimulada de una habitación a otra. Por ejemplo, del dormitorio de la dueña de la casa a cualquiera otra de las estancias contiguas...

También aprovecharía el tiempo para preparar el teléfono,

para que al marcar el número, el que fuera, surgiera aquella voz hueca, vacia, tenebrosa, como de ultratumba, que se

presentara a sí misma, diciendo: «Soy yo, la MUERTE».

Aunque después de la la llamada, el teléfono había de sufrir una averia... Sí, todo tal como convenía a sus planes... Porque Christopher pudo no ser un fiel sirviente para su señora, pero sí para usted,

Isabelle...

—¿Qué está diciendo? —increpó la pequeña y pecosa muchacha—. ¿Me está acusando?

El inspector Sutton permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchando. De momento limitándose a escuchar.

Sus hombres permanecían unos pasos más atrás.

—¡Sí, la estoy acusando! —afirmó Scott—. Pero no sólo a usted y a Christopher, sino también a su verdadero cómplice —miró abiertamente al doctor Drumttes.

—Por lo que veo ahora me está acusando a mí... ¿Con qué derecho lo hace? —encontró energías para defenderse—. Le denunciaré por falsedad, por difamación.

—No va a tener ocasión de hacerlo, todas mis acusaciones dan en la diana, lo sé —subrayó Scott Mayton—. Por ejemplo, ¿por qué Jeanette no dio la medicina a Cornelia Russell? No, no porque deseara su muerte, sino porque...

—¿Va a creerse todo lo que haya podido contarle esa... esa asesina? —el doctor Drumttes le había interrumpido, tras lanzar una iracunda mirada a Jeanette.

—Jeanette no mató a esa muchacha llamada Corinne, ni a Karen, ni a Priscilla... —continuó Scott—. Así, pues, el asesino es otra persona...

—¡Lo dicho, le denunciaré! —exclamó el doctor Drumttes— ¡Esto resulta intolerable!

—En cuanto al hecho de que esa muchacha llamada Corinne, una vez muerta, se nos apareciera en lo alto de la escalera, le delata a usted a las claras, doctor... Para aguantar el peso de una muchacha tan gruesa, hacía falta un hombre, y un hombre aún joven...

—Se lo imagina todo a su modo —protestó el aludido.

—En cuanto a que alguien desinflara los neumáticos de mi coche, ¿a quién achacárselo? Clarísimo —miró al mayordomo—. Usted, Christopher, nos quiso hacer creer que habia oído pasos en el porche y que había salido a ver que pasaba... Lo que hizo fue inutilizar el coche dé Jeanette... Con la intención de que nos quedáramos... Así les sería mucho más fácil eliminar a Corinne...

—Yo no hice semejante cosa —se defendió Christopher.

—Vale más que se rindan a las evidencias, créanme —dijo Scott—. Porque las evidencias están muy cerca de usted, doctor, y también de usted, Isabelle... Y también, claro está, del fiel Christopher. Ahora se darán cuenta.

Sin añadir nada más, se dirigió a un pequeño «cassette» que había dejado allí cerca, escondido tras el jarrón de un florero.

—Ha estado funcionando todo este rato. Debe haber grabado

todo lo que han dicho... —les comunicó Scott Mayton—. En seguida reconocerán sus voces... —y pulso la tecla correspondiente, quedando a la espera de que se oyera hablar.

Aclaró—: Llevaba los «cassettes» en mi coche... Suelo llevarlos siempre... Facilitan mucho las cosas...

Isabelle dijo:

—No hemos estado aquí en el salón. Así que, aunque hubiéramos hablado de algo que a usted le interesara saber...

—En las estancias contiguas he dejado funcionando otros «cassettes». No ha podido fallarme. Pero seguro que han hablado aquí...

No se equivocaba.

Y en seguida empezó a oírse voces, la primera, la de Christopher:

«Mi enhorabuena, señorita Isabelle. Todo ha salido perfectamente.»

Y al instante la voz del doctor Drumttes.

«Podemos sentirnos satisfechos, en efecto. Pero aún no está todo concluido. Hemos de saber rematar el trabajo.»

Y acto seguido la voz de Isabelle:

«De eso te encargarás tú, querido. No albergo dudas al respecto. Pero ahora que estamos solos y podemos hablar tranquilamente, dime, ¿cómo te las has arreglado para que Jeanette haya quedado en ese estado, incapaz de pensar, de reaccionar, de defenderse?»

El «cassette» hubiera seguido sonando, pero Scott Mayton pulsó la tecla y el silencio se hizo de nuevo.

—Creo que ha sido suficiente, ¿no creen? —inquirió Scott Mayton, y miró a los inculpados. Luego se dirigió al inspector Sutton—. Hágase cargo del «cassette». Apenas lo haya oido íntegramente, quedará al corriente de todo.

El inspector Sutton, desde luego, se hizo cargo del «cassette» que el joven detective le tendía. Allí estaba la clave del asunto, de cuanto de extraño había sucedido en aquella casa y de cuantos crímenes se habían cometido.

Christopher fue el primero en darse cuenta de que todo estaba irremisiblemente perdido. De poco iba a servirle el rebelarse, asi que se rindió a los hechos. Dijo:

—Hay que saber perder.

Isabelle no se lo tomó tan resignadamente. Pensó que aún, quizá, podría huir de allí, de la maldita casa de su tía Cornelia.

Pero enseguida comprendió lo inútil de una posible tentativa y aceptó la realidad tal y como se le planteaba. Bien mirado no le quedaba otro remedio que hacerlo así. Dijo a su vez: —Hay días

malos. Hoy es uno de ellos.

Fue el doctor Drumttes el único de los tres que se sintió incapaz, total y absolutamente incapaz de aceptar una rendición. Había caído en la trampa, nada podía esperar ya.

De pronto echó a correr y saliendo del salón cruzó rápidamente el vestíbulo. Instantes después abría la puerta de la casa y huía entre la niebla.

Pero no era una niebla ni demasiado espesa ni de masiado densa, asi que no iba a constituir una gran aliada para él.

Empezaba a oscurecer, esto es cierto. Eso tal vez le ayudara.

A menos que consiguiera alejarse bastante, pensó, la persecución no iba a constituir ningún impedimento. Le cazarían.

Le perseguiría el inspector Sutton y sus hombres. El doctor Drurnttes lo sabía.

Lo que no sabía era que Scott Mayton iba a colaborar también.

E iba a hacerlo con más perspicacia que los demás. Con bastante más.

A los otros, el doctor Drumttes consiguió despistarles. De momento al menos. Huyendo por la derecha y luego torciendo de súbito hacia la izquierda, consiguió por unos instantes que no le tuvieran localizado. Y eso que aquellos terrenos eran inhóspitos, no daban ocasión a muchas estratagemas.

Pero alcanzó una pequeña loma y se protegió allí, entre unos pedruscos. Necesitaba recobrar el aliento. Había corrido de un modo desesperado. Estaba bañado en sudor.

Pero antes de que consiguiera llenar de aire sus pulmones, vió a Scott Mayton ante él.

Se dispuso a pelear con el detective. Pero sabía que iba a perder, le veía mucho más joven, de gestos elásticos, de atlética y fuerte figura. Por lo demás, sin duda conocería un sinfín de trucos de los que él no tenía ni idea. Desde luego estaba perdido.

Sin embargo, intentaría lo imposible. Por intentarlo que no quedara.

Scott Mayton se lanzó sobre el doetor Drumttes. Quiso olvidarse de que llevaba pistola.

Rodaron por el suelo, empezando a pegarse sin contemplaciones. Uno quería atrapar y el otro quería huir. No podían hacerse concesiones. No se las hicieron.

Pero la lucha no duró mucho porque Scott Mayton pudo en seguida con el doctor Drumttes. Un buen directo en la mandíbula, en el momento adecuado, le dejó dispuesto a una total y absoluta claudicación.

—Me rindo... —dijo, desde el suelo, no queriendo seguir

siendo vapuleado.
Pero fue precisamente entonces, cuando ya se había resignado con su suerte, el momento en que se dio cuenta de que el
destino le había deparado otra clase de suerte.
Otra aún peor.
Infinitamente peor.
Por eso sus ojos se desorbitaron de terror. La verdad es que empezó a babear, pues viéndose incapaz de tragar saliva ésta le llenó la boca y luego empezó a salírsele por entre los labios.
Acababa de sentir un miedo horrible, espantoso.
No sin motivo.
Por lo menos así lo consideró él. No, no estaba equivocado.
Seguro que no.
Porque estaba viendo un brazo sin mano. Estaba viendo un
muñón que aún no había cicatrizado...
Su dueño le miraba fijamente. Tan fijamente, y con tanto odio, que huelga decir que le había reconocido.
—Es usted... es usted... —murmuró aquel hombre con voz
arañada— quien me robó la mano.
—No, no... —jadeó el doctor Drumttes, comprendiendo que le
esperaba una muerte espantosa.
No sabía cual, pero espantosa. Estaba desquiciada la mirada de aquel hombre y había una agitación, una ira, una
irascibilidad incontenibles en él.
—¡Sí, fue usted! —exclamó—. Le hubiera reconocido entre
mil... —Luego dijo—. De no haberme robado mi mano, el
cirujano me la hubiera puesto de nuevo y hoy no sería
manco... ¡Usted es el culpable!
—No, no... —jadeó de nuevo. Esta vez, sin embargo, dijo—:
Una mano amputada no puede colocarse así, tan fácilmente...
El cirujano no hubiera conseguído nada...
—¿Está esperando que le perdone? ¡Oh, no, ni muerto le
perdonaría! —exclamó.
Y como un poseso se lanzó sobre el doctor Drumttes, que
yacía aún en el suelo, sin fuerzas para levantarse. Y cogiendo un pedrusco de aquéllos, el primero que le vino a la mano, empezó a darle en la cabeza.
Una y otra vez. A una velocidad endemoniada, ametrallante.
Tan rápidamente actuó, que ni Scott Mayton llegó a tiempo de intervenir.
Cuando lo hizo, el cráneo del doctor Drumttes estaba roto,
aplastado, sangrando aparatosamente. La masa encefálica le
salía por todas partes.
El inspector Sutton y sus hombres llegaron poco después.

El hombre de la mano amputada se entregó sin oponer resistencia. Dijo con orgullo:
—Con una sola mano he podido con él.

CAPITULO X

Scott Mayton cruzó la acera, dirigiéndose hacia su coche.
Habia podido dejarlo aparcado frente a la misma puerta del edificio donde tenía su agencia de detectives.
Se vió detenido por una mujer de unos treinta años,
curvilínea, con una cabellera rojiza que le llegaba hasta media espalda. Llevaba los ojos muy pintados. Todo ella era atractivo y sensualidad.

—Maureen...

—¡Qué alegría volver a verle! —exclamó ella—. Desde luego,
ya sabía que salió sano y salvo de todo aquello, me enteré por los periódicos —y recordando lo vivido en la casa de Cornelia Russell—. Fueron unas horas horribles.

—No fueron muy agradables.

—Oiga, señor Mayton, ¿no quedamos en que si salíamos bien
de aquello, me iba a compensar de los malos ratos pasados?
— y le sonrió seductoramente.

—Lo lamento, pero no va a ser posible —contestó Scott—. Me
están esperando —e indicó su coche, situado muy cerca de
allí.

Maureen miró en aquella dirección. Y vio, junto al coche, a Jeanette.

—Vaya, Jeanette, la sobrina de aquella señora —la reconoció en seguida.

—Voy a casarme con ella —le comunicó Scott—, pero ella aún
no lo sabe.

—Pero se lo ve venir, puede estar seguro —dijo Maureen—,
En fin, qué le voy a hacer, paciencia. Que sea muy feliz, señor Mayton —y le extendió la mano.

—Gracias, Maureen —y estrechó la mano de ella.

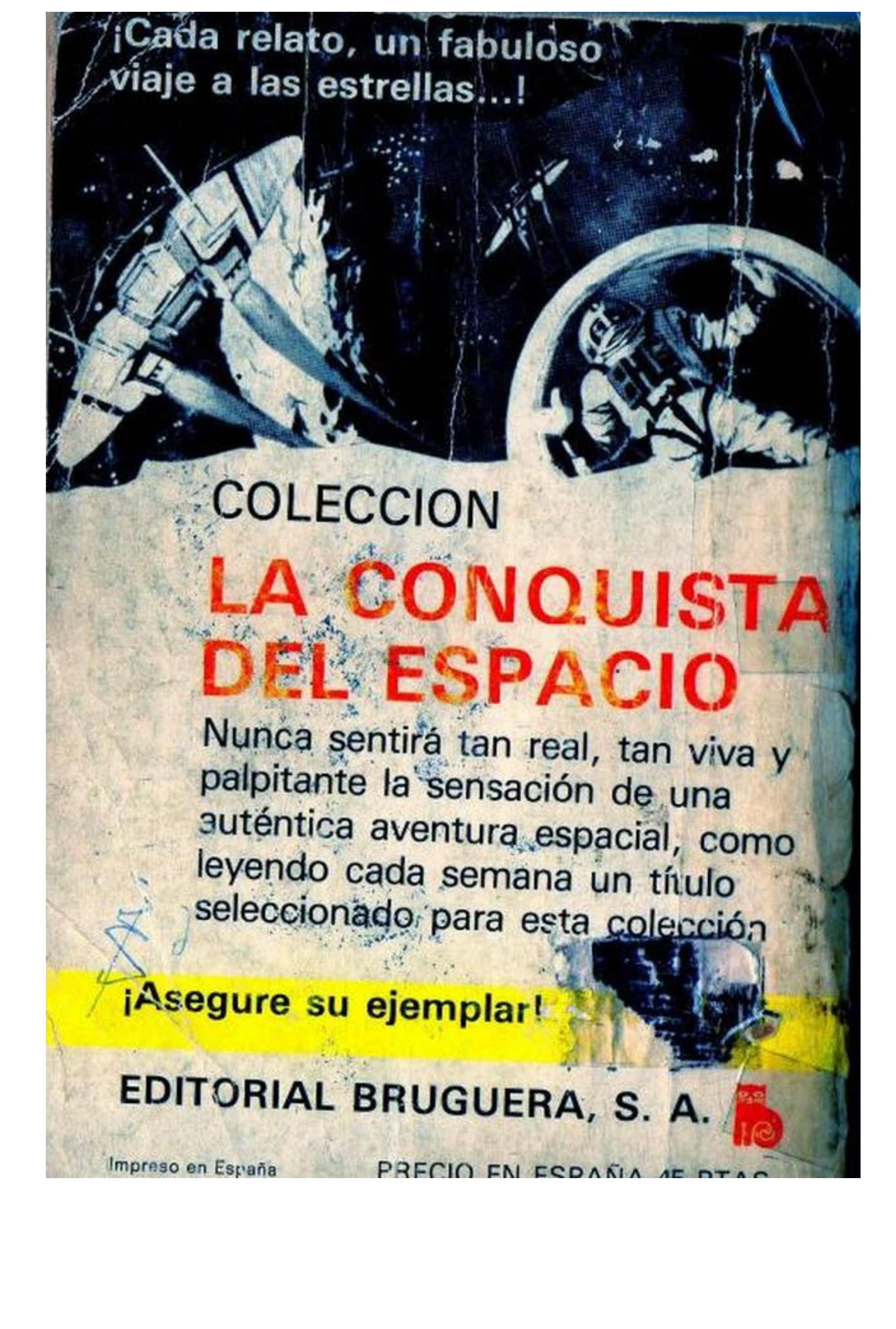
Cuando se acercó al coche y Jeanette le miró dulcemente, tan dulcemente como ella solía hacerlo, a Scott Mayton no le cupo la menor duda.

Sería muy feliz.

Desde luego que sí.

Nada podía estar más claro que aquello.

FIN


¡Cada relato, un fabuloso viaje a las estrellas...!
COLECCION
LA CONQUISTA DEL ESPACIO
Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección
¡Asegure su ejemplar!
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Impreso en España